

**La educación ambiental como
proceso de transformación
socioecológica: Una experiencia
desde la Ciencia, el Arte y la
Sostenibilidad**



María Novo

LA EDUCACIÓN AMBIENTAL COMO PROCESO DE TRANS- FORMACIÓN SOCIOECOLÓGICA:

Una experiencia desde la Ciencia, el Arte y la Sostenibilidad

MARÍA NOVO

Texto elaborado con motivo de la celebración de la duodécima edición de las “Lecciones Fernando González Bernáldez” el 16 de octubre de 2019 en Madrid, en la Residencia de Estudiantes, con motivo de la entrega a la profesora María Novo de la distinción que otorga la Fundación Fernando González Bernáldez.

**Fundación Interuniversitaria Fernando González
Bernáldez para los Espacios Naturales**

Facultad de Ciencias, Módulo 08, despacho 504.5

Universidad Autónoma de Madrid

28049 MADRID

fungobe@fungobe.org

http://www.fungobe.org

Actividad organizada conjuntamente con

Academia Europaea-Barcelona Knowledge Hub

Carne, 47

08001 BARCELONA

http://barcelona.acadeuro.org



Edición: enero de 2020

ÍNDICE

Presentación	4
1. Introducción	15
2. Mi generación: el empeño de buscar, escuchar, aprender.....	17
3. Vivir cogida de otras manos.....	21
4. El placer de descubrir, estudiar, comunicar... ..	29
5. La tesis doctoral se va abriendo paso... ..	34
6. Se abre un tiempo para seguir aprendiendo (y comunicando...).....	38
7. Los sueños se convierten en realidad: un máster interdisciplinario	42
8. Viajar, seguir aprendiendo y comunicando... de río 92 a la cátedra unesco.....	47
9. Ciencia, arte y medio ambiente: el proyecto ecoarte	53
10. Mujeres y naturaleza, las grandes invisibles	59
11. Un viaje hacia la sostenibilidad.....	63
12. Tiempo y sostenibilidad: de “despacio, despacio” a slow people.....	67
13. ¿por qué corremos? El modelo de éxito	74
14. Migraciones, derechos humanos y sostenibilidad: la experiencia de la uned en motril	77
15. Lo que aprendí (entre aciertos y errores...).....	79
16. Los jóvenes se manifiestan en las calles: ¿será que la educación ambiental goza de buena salud?.....	83

PRESENTACIÓN

Como presidente de la Fundación Interuniversitaria Fernando González Bernáldez para los espacios naturales (FUNGOBE), es un placer ver como desde hace 11 años seguimos celebrando cada año este evento en el que la Fundación, junto con EUROPARC-España, otorga la medalla/distinción González Bernáldez a destacadas personas fundamentalmente del mundo de la academia pero también de otros ámbitos como la administración ambiental.

Es un acto que tradicionalmente lo hemos realizado en las tres universidades que conforman la Fundación pero desde el año pasado hemos salido del espacio académico para llegar a uno de los centros más emblemáticos del panorama cultural español como es la Residencia de Estudiantes a la que damos las gracias por incluirnos en su programación anual de actividades junto a la Academia Europea-Barcelona Knowledge Hub por su apoyo en la organización del evento.

El Antropoceno nos anuncia y denuncia que vivimos en un planeta humano insostenible ya que el metabolismo del modelo económico dominante, impulsado por los combustibles fósiles, controla los procesos biogeoquímicos esenciales que determinan su dinámica global. Nos advierte de que no podemos mirar a otro lado, que nuestro planeta es otro, que nada es como antes y que por tanto necesitamos transformaciones y transiciones urgentes hacia la sostenibilidad. Bajo este contexto, FUNGOBE cree que faltan espacios para la

reflexión y la conversación libre pausada y tranquila sobre las raíces socioeconómicas, culturales, éticas y metafísicas del deterioro ecológico y sus repercusiones en el bienestar humano. Por esta razón FUNGOBE intenta crear, con eventos como este, espacios transdisciplinarios donde se hagan visibles los pensamientos en voz alta de grandes intelectuales hombres y mujeres de las ciencias de la naturaleza, las humanidades o las artes para que con sus saberes contribuyan a una transición, no traumática, hacia la sostenibilidad socio-ecológica.

Se suele decir que desde el atardecer se puede encontrar el significado del amanecer, por eso le pedimos a las mujeres y hombres premiados con la medalla/distinción FUNGOBE que, desde su larga trayectoria profesional y vital, reflexionen sobre sus caminos recorridos y nos hablen sobre el legado intelectual que quieren dejar a las futuras generaciones. Estas reflexiones quedan recogidas en publicaciones que están disponibles en su página web (www.fungobe.org).

Este año, hoy otorgamos la medalla/distinción a la Profesora María Novo. Una gran mujer poliédrica que encierra a múltiples marías, que busca su inspiración en el mestizaje de la ciencia, la poesía, la narrativa y la pintura para convertirse, como a ella le gusta definirse, en una contadora de historias ya sea escribiendo, dando conferencias o pintando.

Me ha correspondido a mí narrar brevemente algunas de esas historias que ella cuenta con sus hechos y que conforman su historia vital. Además he tenido y tengo el honor de haber caminado junto a ella en la construcción de algunas de esas historias.

Normalmente cuando se hace la presentación de la carrera de vida o CV de un conferenciante con un elevado nivel intelectual y profesional como el de María, se suele actuar como notario aburriendo al público recitando a modo de letanía sus publicaciones, cargos y premios que ha recibido. Pero a mí me gustaría presentarla de otra manera, contando brevemente algunos de los invisibles de las historias de María.

Hablo de invisibles, pues a María le gusta narrar historias para hacer visible las relaciones invisibles entre humanos y entre humanos y naturaleza que hacen que por obvio obviemos, como nos recuerda una de sus discípulas más conocidas, la antropóloga Yayo Herrero, que somos seres radicalmente ecodependientes e interdependientes. Ignorar esta realidad nos lleva a las injusticias que definen el antropoceno; la injusticia social en el reparto de la riqueza, la ambiental asociada al cambio climático inducido o la ecológica relacionada con la destrucción de ecosistemas y la erosión de la biodiversidad. Como María defiende en sus escritos y conferencias la crisis socioecológica actual es un hecho social, es una cuestión de justicia, de derechos humanos de derechos de la naturaleza es una crisis condicionada por el sistema de valores imperante. Como invoca el título del libro de Rafael Sánchez Ferlosio; Mientras no cambien los dioses, nada habrá cambiado.

María no practica el síndrome de Santo Tomás si no lo veo no lo creo. Ella en vez de ver para creer prefiere creer para ver. Cree que lo que vemos es la imagen de los invisibles por eso busca estrategias para hacer visible los invisibles de los valores relacionales entre humanos y entre humanos y naturaleza para que no pasen desapercibidos por la sociedad y sus individuos. Para

María la naturaleza y las mujeres son los dos grandes invisibles de la sociedad actual.

Para esta difícil tarea de visibilizar los invisibles, ha usado y usa muchas tretas y artimañas como la de escritora de relatos buscando la visibilidad de las mujeres. Por eso escribió en el año 2003 el libro *Ellas, Las Invisibles (mujeres)* y posteriormente, con el mismo objetivo, coordinó en el año 2004 el libro *Mujer y Naturaleza; las grandes invisibles* y en 2007 *Mujer y Medio Ambiente; los caminos de la visibilidad*. María, desde sus comienzos, abrazó los principios del movimiento ecofeminista.

También, como poeta, intenta visibilizar el otro o los otros que hay dentro de cada uno. Empezó muy joven a escribir y a publicar libros de poesía. El primero en el año 1975 con el título de *Yo no sé*, y le siguió en 1991 *Libertad no conozco*, *Microcosmos* en el año 2001 y su último libro de poesía en el año 2011 *Donde no habite el miedo* escrito junto a uno de sus maestros; Federico Mayor Zaragoza.

Pero también empezó a pintar muy pronto, hacia 1982, utilizando la pintura como un lenguaje sin palabras para dialogar con la ciencia con el silencio de sus lienzos mostrando los invisibles de muchos paradigmas científicos dándole a sus cuadros títulos como, *Cualquier lugar es el centro del mundo; Entre el cristal y el humo, el orden y el desorden; Vivir auto organizándose, estructura disipativa o ¿Precede el tiempo a la existencia?* Han sido muchas las exposiciones exitosas de los cuadros de María.

He comenzado contando algunas de sus historias fuera de la academia, como escritora o pintora, porque es necesario si queremos entender las raíces de sus otras historias relacionadas con su trayectoria científica que ha desarrollado y desarrolla en la Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED) a la que considera su hogar profesional. En María su trayectoria profesional y vital no se pueden separar.

Su historia profesional pienso que lleva la seña de identidad del conocido ensayo de Karl Popper *De los relojes a las nubes* sobre el debate entre determinismo vs indeterminismo. Creo que María se acerca en su obra más a las nubes que a los relojes asumiendo el cambio y la incertidumbre para explicar la estabilidad en vez de asumir la estabilidad, y la certidumbre para explicar el cambio.

Su investigación es referente a nivel nacional e internacional en el campo de la educación ambiental y la sostenibilidad. Ha escrito más de 100 publicaciones científicas y ha participado en 28 proyectos de investigación financiados. Varios de sus libros científicos se usan como texto de referencia en diferentes grados y máster académicos tanto de facultades de ciencias como de humanidades.

Desde el comienzo de los años 80 María estaba muy interesada en cómo integrar la dimensión ambiental en la educación con el objetivo de promover en la sociedad el valor y el respeto a la naturaleza para cuidarla y cuidarnos ya que formamos parte de ella. En este sentido coincidía con Fernando González Bernáldez al que le gustaba declarar: “Para defender la naturaleza hay que amarla y para amarla hay que conocerla”.

María leyó en 1984 su Tesis Doctoral sobre Educación Ambiental (EA). Un campo de investigación emergente poco conocido en ese momento en nuestro país. En 1985 publicó su primer libro sobre el tema titulado *Educación Ambiental* que tuvo una gran difusión en España y América Latina y diez años después lo actualizó, con el resultado de nuevas investigaciones, con otro libro titulado *La Educación Ambiental: bases éticas, conceptuales y metodológicas*.

En 1986 obtuvo la primera plaza de Profesora Titular de Educación Ambiental de la Universidad española y posteriormente la primera cátedra de educación ambiental.

Y de la teoría a la acción. En 1990 empezó lo que ella considera una de las aventuras más apasionante de su vida profesional, poner en marcha en la UNED el Máster internacional de Educación Ambiental que se impartió durante 25 años con un programa teórico-práctico renovador e innovador bajo el marco conceptual de la complejidad y el pensamiento sistémico y con un panel de profesores de primer nivel.

El reconocimiento internacional a su labor en el campo de la EA le llegó cuando en 1996 la UNESCO le concedió la Cátedra UNESCO de Educación Ambiental y Desarrollo Sostenible que sigue dirigiendo en la UNED.

En su camino hacia la formalización del concepto de Desarrollo Sostenible, el otro componente de la cátedra, hay que destacar su libro de 2006 *El desarrollo sostenible: su dimensión ambiental y educativa* que se ha convertido en un texto de referencia en el campo de la sostenibilidad.

A finales de los años 90 sus caminos por la ciencia y el arte se unieron y emergió el que creo que es su proyecto más emblemático y ambicioso ECOARTE en el que tengo la satisfacción de acompañarla. Ecoarte es el arte de las confluencias de conocimientos, el arte de la astucia del mestizaje de saberes. Es un proyecto transdisciplinario que no busca encontrar respuestas a la crisis civilizatoria actual sino construir una fábrica preguntas creativas y novedosas sobre las causas de la insostenibilidad socioecológica que caracteriza a nuestra sociedad. En definitiva Ecoarte es un laboratorio de ideas riesgosas.

Me gustaría destacar los dos manifiestos que se han generado en su contexto, que han tenido una gran repercusión social y que muestran la seña de identidad del proyecto. El manifiesto de *Torre Guil Ciencia, Arte y Medio Ambiente* en 2001 y el manifiesto de la Universidad Internacional de Andalucía *El papel de la Ciencia y el Arte ante el Cambio Global* en 2008. Ambos manifiestos reclaman que la ciencia y el arte, como prácticas humanas no neutrales, pueden y deben contribuir a una transición a la sostenibilidad alumbrando nuevos esquemas de pensamiento mestizo que nos enseñen a vivir enraizados en la tierra aceptando sus límites biofísicos.

No puedo dejar de mencionar uno de los proyectos que emprendimos juntos María y yo a principios de los 2000s preocupados por la falta de tiempo que teníamos para vivir nuestro mundo interior, familiar y personal frente a la sobrecarga de trabajo que aceleraba nuestras vidas. Inspirados en el título del libro de Caballero Bonald *Somos el tiempo que nos queda*, y añado por vivir, formamos un grupo de reflexión con amigos y amigas sobre cómo ser dueños de nuestro tiempo para ser libres

y no esclavos de la prisa. Para como ir realmente a contra tiempo y no a “contra prisa”. En definitiva en cómo conseguir disfrutar de las pequeñas cosas de la vida para que la vida no te viva. El grupo de reflexión evoluciono y en el año 2006, por iniciativa de María, creamos una asociación para difundir la Filosofía Slow. Le dimos el nombre de Slow People (gente lenta) y creamos una web donde dar información, ideas y consejos sobre cómo aprender a ir con quietud por la vida.

En este contexto, pronto visualizamos los estrechos vínculos que existen entre tiempo y sostenibilidad. Contemplamos como nuestros tiempos convertidos en prisa vienen condicionados por el mercado y no por los ritmos de la naturaleza. Vivimos en un contexto de “turbocapitalismo” que promueve un estilo de vida acelerado a la hora de producir y consumir que destruye y degrada ecosistemas y biodiversidad sin ver las repercusiones en nuestro bienestar humano por la invisibilidad de los vínculos entre naturaleza y sociedad.

Para profundizar en este tema organizamos en el año 2009 en la Universidad Internacional de Andalucía un Foro interdisciplinar que titulamos *No Tengo tiempo para la sostenibilidad*. Elaboramos un manifiesto en el que declarábamos que vivir como si el tiempo nos importara es una cuestión de valores pero también de resistencia y disidencia frente a arquetipos de vida insostenibles promovidos por el modelo económico imperante. Se defendía el uso del tiempo frente a la prisa como el mejor indicador de sostenibilidad. Se reclamaba en definitiva Tiempos para la sostenibilidad. Tiempos que se reconocen en el conocido aforismo de Charles Darwin; *Si aún pierdes horas de tu tiempo es que aún no sabes lo que realmente vale la vida.*

En el año 2010 María publica su libro de divulgación *Despacio, despacio. 20 razones para ir más lentos por la vida*. Que dio contenido y difusión a nuestras propuestas y que se ha convertido en el documento de referencia de la Asociación.

Resultado de la exploración de los vínculos entre Tiempo y Sostenibilidad le llevo a María preguntarse por qué vivimos bajo la cultura de la prisa y encontró la respuesta en el modelo de éxito que impera en nuestras sociedades. De esta forma inicio un nuevo tema de trabajo que ha culminado con la publicación de su penúltimo libro en 2017 titulado *El éxito vital. Apuntes sobre el arte del buen vivir*. Un libro que, en cierta medida, encierra los principios de como ella quiere vivir siendo dueña de su tiempo.

Todas estas historias que he contado, y otras que no he mencionado, las lleva a cabo soñando con los pies, es decir bailando pues como canta Joaquín Sabina “bailar es soñar con los pies”. María siempre reserva tiempo para moverse al ritmo de la música y descansar su mente. Entiendo que así ella abraza el aforismo de Donella Meadow la autora principal del famoso informe *Los límites del crecimiento*, “No podemos entender completamente, predecir o controlar los sistemas complejos, pero podemos imaginarlos, diseñarlos y bailar con ellos”, María sabe bailar con los sistemas complejos al ritmo de la música del pensamiento sistémico.

También María sale de las aulas y los salones para llevar a cabo otras de sus actividades favoritas, el excursionismo. Le gusta andar por los caminos de las montañas tal vez siguiendo los pasos de uno de sus poetas

favoritos Walt Whitman cuando en su canto del camino publico escribía “se han acabado las dolencias que huelen a cuarto cerrado, las bibliotecas, los críticos fastidiosos. Vigoroso y alegre recorro el camino público”.

En definitiva, su historia es la historia de las diferentes Marías que conviven dentro de ella en una frágil armonía. La historia de una María buscando a la “Novo” es decir, una María que explora nuevas Marías. Hasta ahora ella confiesa que hay una María enamorada de la ciencia, una María enamorada de la educación, otra enamorada de la naturaleza, otra enamorada de la poesía y la María que aborda las preguntas que plantea las otras Marías a través de la fuerza creativa del arte. Y es en Ecoarte donde, creo busca y encuentra la unidad en la diversidad de las Marías.

Para finalizar esta historia inacabada y desde la seña de identidad que ella reivindica de contadora de historias, le hemos pedido a María que imparta la lección Fernando González Bernáldez de este año para que nos cuente su historia vital, la historia de sus historias siempre vividas de la mano de sus múltiples amigas y amigos y especialmente con la complicidad de su hija Irene y su hijo Guillermo.

Ha titulado su lección González Bernáldez: *La educación ambiental como proceso de transformación socio-ecologica. Una experiencia desde la ciencia el arte y la sostenibilidad.*

Pero antes María nos gustaría, en manos de Catherine Levassor, entregarte la medalla/distinción de FUNGO-BE en reconocimiento a toda una vida vivida en defensa

de la educación ambiental como una gran fuerza social transformadora.

Carlos Montes
Presidente de la Fundación Interuniversitaria Fernando
González Bernádez

1. INTRODUCCIÓN

Decano de la Facultad de Ciencias de la Universidad Autónoma de Madrid, amigas y amigos, familia, señoras y señores:

Este es un momento muy grato para mí. Una tarde en la que tengo que comenzar mostrando mi agradecimiento por esta distinción a la Fundación Fernando González Bernáldez y a las Universidades que la constituyen, así como a la Academia Europea, y a su Knowledge Hub de Barcelona representado por Rubén Duro. Gracias también al Decano de la Facultad de Ciencias de la Universidad Autónoma de Madrid, que preside este acto. Y, por supuesto, tengo que agradecer a la Residencia de Estudiantes que nos acoge en un lugar que históricamente ha sido -y sigue siendo- un centro de excelencia intelectual y creativa.

Me resulta especialmente significativo que este reconocimiento lleve el nombre de Fernando González Bernáldez. Él fue miembro de mi tribunal de tesis doctoral, profesor del Máster que organicé en 1990, y un colega cordial del que guardo muchos y buenos recuerdos.

Agradezco de corazón la entrañable presentación que ha hecho de mí mi colega y amigo Carlos Montes. Llevamos más de veinte años desarrollando proyectos juntos y confío en que el futuro nos abrirá opciones para mantener esta colaboración y, lo que es más importante, para continuar alimentando nuestra amistad y afecto.

Y, por supuesto, quiero agradecer a todos ustedes el calor de su presencia.

2. MI GENERACIÓN: EL EMPEÑO DE BUSCAR, ESCUCHAR, APRENDER...

Los organizadores de esta distinción me han sugerido la posibilidad de compartir con ustedes la historia de mi trayectoria profesional y humana hasta el momento. Una historia que es parte de la aventura de muchos hombres y mujeres de mi generación que comprendimos de forma temprana la dureza del tratamiento que el sistema económico de mercado daba a la naturaleza y a la naturaleza humana de millones de personas que viven de forma precaria en el Sur global del planeta.

Nuestra generación conoció tiempos difíciles. Muchos de nosotros vivimos la primera juventud en una dictadura y supimos lo que era encontrar en las aulas y en los libros de texto la ausencia de poetas y pensadores que habían dejado un legado de libertad a la sociedad al que se nos vetaba el acceso. Nos especializamos en ir a las librerías que traían libros estimulantes (generalmente prohibidos) para nuestro afán de saber. Así nos fuimos acostumbrando a alcanzar el conocimiento con esfuerzo pero también con deleite, como quien conquista una montaña sagrada.

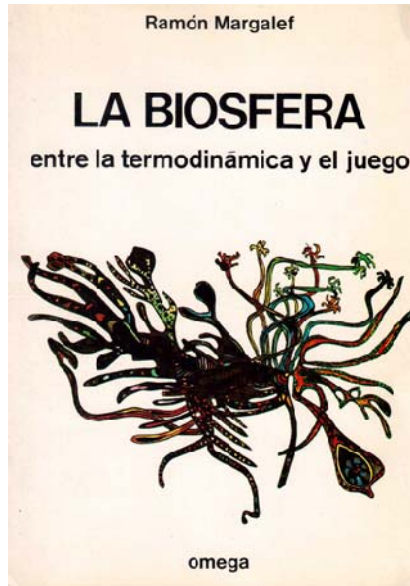
Hay muchas formas de conocimiento, cada quien se encaminó a la que más le atraía. En mi caso, me enamoré muy pronto del conocimiento que surge en las fronteras del saber, allí donde confluyen las teorías consolidadas con otras emergentes que tratan de abrirse paso. En un contexto como este diré, metafóricamente, que me

enamoré de “los ecotonos del saber”, esos lugares de mestizaje en los que la arena de la playa y el mar dialogan, a veces amorosos y en calma, en otras ocasiones con oleaje y rupturas importantes.

Y así, buscando, haciéndonos preguntas y celebrando las luces que nos traían los libros/joya que íbamos consiguiendo, las gentes de mi generación comenzamos a buscar igualmente a los pensadores heterodoxos que estaban a nuestro alcance. Yo tuve la suerte muy joven de hacer un Seminario con el jesuita Ellacuría, una mente lúcida y comprometida, con quien aprendí que posicionamientos e ideas contrarias aparentemente pueden dialogar y llegar a una fructífera síntesis en armonía. Los jóvenes de entonces, leíamos *Cuadernos para el Diálogo* y otras revistas que estimulaban nuestras mentes, y procurábamos asistir a cuanta conferencia heterodoxa estaba a nuestro alcance. Y así, un día, un grupo de esos hombres y mujeres descubrimos tempranamente que el sistema de economía liberal dominante estaba amenazando la integridad ecológica del planeta y la vida de millones de personas, los excluidos.

Después crecimos, llegó la democracia, y tuvimos cerca a algunos maestros: Margalef, el propio Fernando González Bernáldez... el incipiente movimiento Verde que se abría paso en Alemania, los pensadores franceses que ponían los cimientos de un rechazo al modelo del mundo instaurado por la Modernidad... En mi caso, fue vital el descubrimiento de la obra del brasileño Paulo Freire, que me demostró que la educación podía ser liberadora. También la escucha y alguna conversación con Johan Galtung, en el plano social. Y, cómo no, la lectura de cuantos libros sobre medio ambiente llegaban a mis

manos fue decisiva y me llevaría más adelante a tratar de plantear la síntesis entre lo ambiental y lo educativo.



Porque, al ir creciendo, estos atrevidos jóvenes que éramos entonces buscábamos, cada uno a su manera, cómo encaminar nuestras vidas profesionales a la defensa de la naturaleza y la conquista de la equidad social. Ahí estaban, con algunas diferencias de años que no tenían importancia, los hombres y mujeres a los que hoy se nos reconoce cariñosamente como “los históricos”. Creo que, simbólicamente, en esta distinción que hoy se me otorga están todos representados.

Sin embargo, no éramos los primeros. El camino lo habían abierto intelectuales como Karl Polanyi quien, en 1944, tuvo la lucidez de escribir *La gran transformación*, un libro en el que criticaba el liberalismo econó-

mico y ya denunciaba los desastres que lleva aparejados sacar a la vida del centro de la sociedad y poner en su lugar al mercado. Desde la Economía, también había habido disidentes del modelo imperante: Georgescu-Roegen, Ciriacy-Wantrup, Schumacher y un nutrido grupo que supo ver, con mirada anticipatoria, como la economía tenía que virar de rumbo y la sociedad con ella.

Lo importante es que teníamos maestros, ilusión y ganas de trasladar a la sociedad española nuestra preocupación por el futuro. Hubo gente que nos alentó, aunque siempre se trataba de grupos minoritarios. Este es el escenario en el que fuimos saliendo adelante.

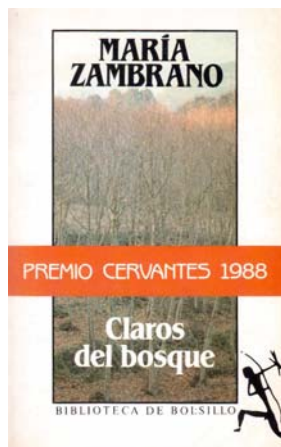
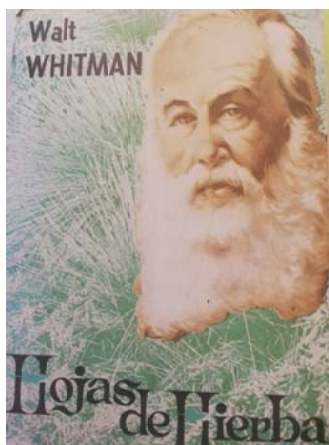
3. VIVIR COGIDA DE OTRAS MANOS

Mis primeras preocupaciones investigadoras antes mencionadas dieron lugar a diversos artículos, en los que no cabe detenernos, hasta culminar con la publicación de mi primer libro, titulado *La evolución de la agricultura en España. Desarrollo capitalista y crisis de las formas de producción tradicionales* (Barcelona, Ed. Estela, 1971), cuya cuarta edición actualizada y ampliada vio la luz en 2004 con el título *La evolución de la agricultura en España (1940-2000)* (Granada, Ed. Universidad de Granada, 2004) eliminando el subtítulo anterior, cuando el periodo abarcado dejó ya muy atrás la crisis de la sociedad agraria tradicional y permitió analizar también otros procesos y problemas que fueron surgiendo. Así que permítanme, en mi caso, agradecer todos los apoyos que he ido teniendo para recorrer este camino. Un andar por la vida que se ha ido construyendo siempre inspirado por un amor extenso, en el que han sido protagonistas no solo las personas cercanas sino siempre, y como telón de fondo de mi actividad, nuestra casa común, la naturaleza, y los otros miembros de la familia humana que, en esos momentos y a lo ancho del mundo, compartían conmigo la aventura de vivir.

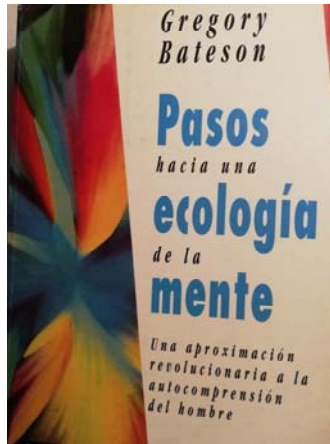
Felizmente, esa aventura la he podido recorrer con alegría porque también tuve cerca gente que me apoyó, me dio ánimos, me regaló momentos de reflexión intelectual y espacios de expansión festiva... Mi familia, las amigas y amigos (y aquí están de forma destacada mis hijos, mi hermana, mis amigas Gloria, Isabel y Carmen,

mi amigo Carlos) y algunos colegas –entre ellos mi entrañable compañera de trabajo la profesora María Ángeles Murga-, han sido el soporte afectivo y energético que me ha ido nutriendo. A su lado encontré fuerzas para caminar, buen ánimo para disfrutar y consuelo cuando lo he necesitado. Por tanto, la historia que les voy a contar no me pertenece. Yo he sido solamente una parte de ese entramado generacional y de afectos que me permitió no ir descalza por la vida.

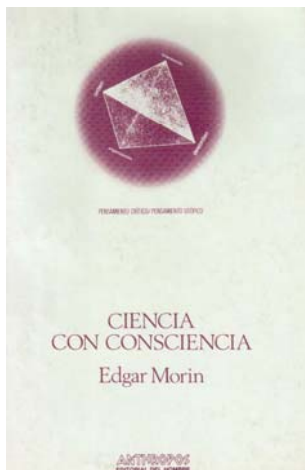
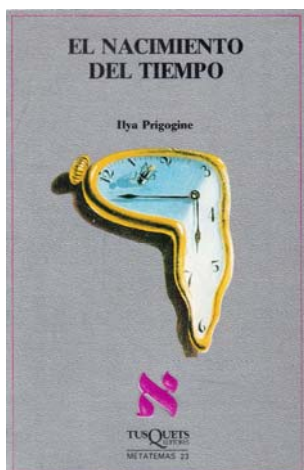
Y, para ser justa, he de decir que entre esos amigos y amigas están muchos autores de libros de poesía, de física y ecología, de filosofía, de arte... quienes, con sus palabras, no solo iluminaron mi andadura sino que, en ocasiones, se convirtieron en auténticos maestros. No puedo mirar hacia atrás y entender mi estrecho vínculo con la naturaleza sin la lectura muy joven de los poemas de Walt Whitman, que fue mi cómplice a la hora de sentirme parte de ella; tampoco, sin la razón poética de María Zambrano, que me dio fuerzas para fundir en mi discurso las razones científicas y las intuiciones artísticas. Desde luego, soy deudora de la Bauhaus, aquel maravilloso intento de fundir disciplinas y romper fronteras entre el trabajo mental y la creatividad emocional. Y, como telón de fondo, debo gran parte de mi alimento en un plano más profundo al libro del *Tao* de Lao Tse.



En el territorio científico, han sido vitales para mí las lecturas científicas de Paulo Freire y su educación liberadora; de Margalef, Odum... que me mostraron el funcionamiento y la belleza de la naturaleza “entre la termodinámica y el juego”. O el acceso a la obra de Gregory Bateson, tan sugerente como revolucionaria. Sus libros *Espíritu y Naturaleza* y *Pasos hacia una ecología de la mente* me enseñaron a pensar en términos de relaciones, de “pautas que conectan”, y el valor de los “contextos”, como elementos esenciales para otorgar significado a las palabras y los hechos. Con Bateson aprendí que lo nuevo solo puede arrancar de lo aleatorio y, algo fundamental, que también se reforzaría posteriormente con otras lecturas y conversaciones: que para todos los objetos y experiencias existe una cantidad que tiene valor óptimo, esos “números mágicos” por encima de los cuales la variable se vuelve tóxica y por debajo de ellos aparece la privación.



Entre las muchas fuentes de las que me he ido nutriendo, han sido fundamentales las lecturas de Ilya Prigogine y Edgar Morin. De este último he leído prácticamente toda su obra, he debatido con colegas largamente, incluso he participado en el libro que, con motivo de su 80 aniversario, le dedicamos discípulos de todo el mundo (L'Humaniste Planétaire, Unesco, 2003). No he dejado de recomendar a mis estudiantes de Máster y Doctorado la lectura de Ciencia con consciencia y sus textos sobre complejidad y pensamiento complejo. Edgar Morin abrió una brecha en mi mente que me ayudó a entender y explicar los sistemas complejos y a hacerme preguntas de calado profundo cuyas respuestas eran siempre otra pregunta.



Ya en mi madurez, tuve la suerte de encontrarme con algunos maestros cercanos. Ellos no estaban en los libros, sino en el diálogo, la escucha real, la presencia estimulante. He sido muy afortunada por poder seguir creciendo cerca de Federico Mayor Zaragoza, el pensador valiente y transformador que ha practicado largamente el coraje de decir “no” a un sistema que destruye las bases de la vida ecológica y social; de Luz Pozo Garza (la excelente poeta gallega que, a sus 97 años, sigue siendo un referente), de Leonardo Boff, un ejemplo ético; y de mis maestras en la tarea de meditar Isabel Savurido y María Onrubia, que me abren caminos más allá de lo cotidiano.

Y, cómo no, tengo que agradecer todo lo que he aprendido de esos profesionales que llegaron a mí como estudiantes y se convirtieron en discípulos y discípulas con los que hoy me une una hermosa amistad. Porque han hecho crecer mis ideas y mis prácticas cumpliendo el dicho oriental de que “solo cuando el discípulo supera al maestro, éste ha sido un buen maestro”. Gracias por ello

a Yayo Herrero, María José Bautista, Javier Fernández Ramos, Margarita Hernández y a tantas otras personas que, aquí y fuera de España, siguen contándome sus vidas y mantienen una amistad sincera conmigo.

Unos y otras me fueron regalando, de distintas maneras, ideas, criterios y estímulos para comprender y afrontar la complejidad del mundo. Y sobre todo, alentaron en mí esa actitud de asombro que me acompaña desde joven y que nunca he abandonado: asombro científico, que me empujó una y otra vez a buscar explicaciones (siempre parciales) al fenómeno de la vida física y social que me rodeaba; asombro artístico, que me hizo transitar desde la experiencia de dejarme emocionar a la imaginación de escenarios y proyectos inéditos.

Finalmente, es de justicia agradecer a mi Universidad, la UNED, la buena acogida y el apoyo institucional que prestó a todas mis propuestas, algunas sobre cursos o proyectos que hasta el momento no existían en su ámbito académico. Sus dirigentes, como era propio de una universidad joven (nació en 1972 y yo me incorporé en 1982), han demostrado una apertura que fue una suerte para profesionales que soñábamos con incorporar visiones o programas innovadores. Guardo un especial recuerdo del profesor Faustino Fernández Miranda quien, siendo Vicerrector, creyó en una educación ambiental hasta entonces inexistente en nuestra Academia.

En esta larga trayectoria vital y profesional, muchas veces he pensado en esa idea de Nietzsche del “sujeto como multiplicidad”. Porque tuve que aprender a vivir con, al menos, dos Marías en mi interior: la que indagaba y pedía respuestas a la ciencia y la que experimentaba la pulsión creativa del arte. Así descubrí, por necesi-

dad, el inevitable diálogo entre mente y corazón, entre lo que la razón anuncia y ese otro movimiento del alma del que no puede dar cuenta ninguna ley o teoría.

Y, con estos mimbres y estos maestros, miro hacia atrás y me considero muy afortunada. Evidentemente, he tenido mucha suerte al nacer en una pequeña ciudad atlántica que me enseñó a capear los vientos; por haber crecido en una familia de la que aprendí el valor del trabajo bien hecho y la honestidad; por tener unos hijos maravillosos, y unos amigos y amigas excelentes que, cada uno a su manera, estimulan mi mente y mi corazón. Sin ellos, cualquier trayectoria habría sido imposible.

Pero caminar adelante supuso también, como en todas las vidas, sortear muchas dificultades. No era fácil, para una mujer de mi generación en una pequeña ciudad de provincias, enamorarse del conocimiento, querer estudiar y desarrollar una vida profesional. Lo que se esperaba de mí era otra cosa. El destino aparecía trazado de antemano y muchas puertas estaban aparentemente cerradas. Así que, en ese contexto, tube de aprender y practicar la resiliencia (aunque entonces no sabía su nombre) para reconducir mi vida, avanzar por las grietas, y lograr salir adelante... No fue fácil, pero fue posible.

¿Qué aprendí en ese proceso? Lo primero, que nadie puede diseñar la vida de otra persona. Me negué a que la mía estuviese diseñada. Ese fue el primer paso. Pero también que es necesario tener un propósito en la vida, una vocación, una forma de devolver los dones que la naturaleza nos regala cuando llegamos al mundo.

Por lo demás, la trayectoria que les contaré transcurre, como ya he comentado, en paralelo a la de muchos profesionales de mi generación que, en distintos campos, vivieron experiencias similares: la necesidad de imaginar vías de salida a los problemas ambientales, una cierta incompreensión en el entorno, y una gran resistencia a la frustración. Así fuimos sobreviviendo y construyendo respuestas, siempre provisionales pero ilusionadas, los pioneros de la economía ecológica, los defensores de la ética ambiental, los primeros psicólogos que apostaron por la psicología ambiental, los ecólogos que hicieron de sus clases lecciones de amor a la naturaleza... y los que nos atrevimos a soñar con una educación ambiental

4. EL PLACER DE DESCUBRIR, ESTUDIAR, COMUNICAR...

Comencé mi andadura en defensa de la Naturaleza muy joven, en A Coruña, liderando con otras personas la defensa de un monte público situado en el interior de la ciudad que las inmobiliarias querían dejar reducido a bloques de viviendas. Entre todo el grupo conseguimos salvar el que entonces se llamaba “monte de Santa Margarita” y que se le diera el carácter de parque público. Hoy es un lugar hermoso y cuidado que alberga la Casa de las Ciencias.

Mi interés por el medio ambiente se había ido acrecentando en la década de los 70'. El Congreso de Estocolmo en 1972; el Seminario Internacional de Belgrado sobre Educación Ambiental de 1975; la Conferencia Intergubernamental de Tbilisi de 1977, la creación del Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente (PNUMA) y del Programa MAB (Hombre y Biosfera) de la UNESCO... se iban convirtiendo en mis referentes para imaginar la belleza y utilidad de una educación que pudiese adjetivarse “ambiental”, dedicada a crear conciencia en los seres humanos, niños y adultos, sobre el valor de la naturaleza y el necesario compromiso de protegerla y cuidarla.

En 1975, publiqué mi primer libro de poemas, cuyo título *–Yo no sé–* ya anunciaba la duda, la intuición de que el conocimiento absoluto sobre nosotros y el mundo resulta una aventura imposible. Desde entonces, mi

trayectoria profesional y vital, sin querer ni poder separar la una de la otra, ha estado siempre marcada por el convencimiento de la imposibilidad de un conocimiento absoluto (lo que no excluye el esfuerzo de buscarlo y el gozo intelectual y vital de ir encontrando algunas respuestas...). Esa actitud me ha llevado a la aceptación de una cuota de incertidumbre, tanto en lo personal como en lo profesional.

En el tránsito entre los años 70 y 80 me disponía a comenzar mi Doctorado en Filosofía y Ciencias de la Educación con una idea por entonces poco comprendida y divulgada en mi entorno: *integrar la dimensión ambiental en la educación, ampliando el que en la Modernidad había sido su objetivo único –formar a los seres humanos– con un nuevo objetivo de carácter ecológico y social: el respeto al medio ambiente natural y social y su cuidado.*

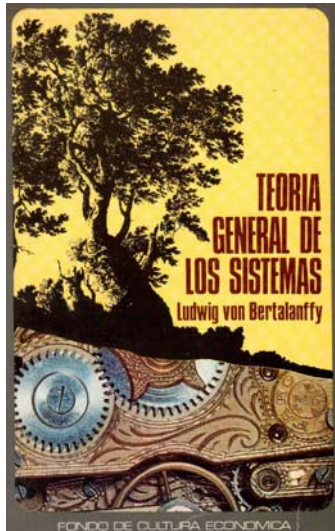
A finales de 1981, ya en Madrid, inicié de forma decidida los pasos para mi tesis doctoral sobre Educación Ambiental (E.A.). Me fue muy difícil encontrar director, pues todo el mundo me decía que no sabía nada sobre ese tema. Hasta que di con un filósofo que ejercía como Catedrático en la Universidad Nacional de Educación a Distancia y era experto en Creatividad: el *Dr. Ricardo Marín Ibáñez*. Él me recibió con gran cordialidad, me escuchó, y finalmente me dijo: “Mira, María, yo no sé nada sobre ese tema, pero sé bien cómo se dirige una tesis. La protagonista de esta aventura vas a ser tú y yo te acompañaré”. Salí de la entrevista exultante. Ante mí se abría un horizonte para llevar a cabo el placer de descubrir...

Había llegado hasta allí, hasta mí doctorado, empujada por una de mis grandes pasiones: conocer en profundidad y con rigor las claves de la vida en sus distintas manifestaciones. Ese era el aspecto “visible” de mi trabajo. Pero viajaba en mi interior también una María tal vez más “invisible” a la que guiaba una pasión no menos fuerte: crear y comunicar, dar a luz y compartir palabras e imágenes que hiciesen pactar a los aparentes contrarios, a los muchos con el uno... Desde muy joven escribía poemas y ahora estaba comenzando a pintar, cumpliendo una necesidad largamente sentida: la de nombrar con el color las ideas y los sentimientos.

En el terreno científico, acababa de devorar la Teoría General de Sistemas de *Bertalanffy* y los escritos de *Erich Jantsch* sobre Interdisciplinariedad, así como algunos otros libros inquietantes que amenazaban – felizmente- con revolucionar mi concepción del mundo y del conocimiento. Todos ellos planteaban nuevos enfoques que invitaban a ver la vida de forma bien distinta a la que ofrecía el pensamiento lineal, parcelado, que imperaba en nuestro entorno. Esa nueva visión me ilusionaba, casaba con mis intuiciones, pero estaba un poco perdida... No sabía bien cómo retraducir todas esas ideas al campo de las ciencias humanas y sociales. Me faltaban palabras para nombrar lo que iba comprendiendo, el proceso de cambio interior que estaba viviendo a la par que mis modelos mentales se transformaban...

En este escenario, ocurrió algo que me ayudó muchísimo en la investigación para mi tesis: En 1982 tuve la suerte de obtener un contrato de la recién creada Dirección General de Medio Ambiente del MOPU con el

encargo de redactar un Informe sobre la incipiente E.A. en Europa. Eso me permitió viajar, buscar información y debatir con los profesionales que estaban abriéndole paso a la E.A. en diferentes países. En España no existía un recopilatorio de las nacientes experiencias de educación ambiental desarrolladas de forma dispersa en granjas-escuela, aulas de naturaleza, etc. así que el primer reto era encontrar información. En cuanto al panorama europeo, ocurría otro tanto. Yo sabía que en los países nórdicos, Francia y el Reino Unido había algunos tanteos iniciales, eso era todo.



Inicié mi trabajo de campo en París, en la UNESCO, donde pasé largo tiempo recopilando datos y entrevistando a personas que trabajaban en temas educativos y ambientales. Pude conocer a los redactores de los documentos de Tbilisi, dos personas interesantísimas con las que compartí largas sesiones de trabajo que me fue-

ron muy provechosas. En ese período obtuve un “primer mapeo” de la situación, que se presentaba estimulante.

Posteriormente, visité la Universidad de Reading (U.K.), donde se había creado el *Council for Environmental Education*. Después viajé aquí y allá, y contacté igualmente con los centros europeos que andaban en esta aventura. Como en un proceso de “bola de nieve”, esos contactos me iban abriendo a otros nuevos. Así, poco a poco, escuchando mucho, observándolo todo y recopilando documentos y datos, logré hacerme con información relevante sobre experiencias de educación ambiental y pude captar y registrar el incipiente corpus teórico que las iluminaba. También me fue posible “afinar” mis puntos de vista en los debates y registrar toda esta información como base de mis hipótesis de trabajo.

5. LA TESIS DOCTORAL SE VA ABRIENDO PASO...

En cuanto a mi tesis, se iba abriendo paso a partir de algunos planteamientos iniciales que mediante un largo proceso de investigación, trataba de comprobar o modificar. En primer lugar, *que la E.A. no era un mero asunto de conservacionismo*, como se estaba iniciando en España, sino una cuestión mucho más amplia, que nacía en la conciencia de las personas y de la sociedad en relación con su medio ambiente (por tanto *un asunto ético con implicaciones en el comportamiento*) y, al mismo tiempo, *una aproximación crítica a las visiones sociales y económicas* que afectaban a los usos del medio rural, agrario y urbano, condicionando los modelos de desarrollo y la calidad de vida de las gentes (por tanto un tema que afectaba a la economía, la sociología, la antropología, la educación, etc.)

En segundo lugar, si eso fuese así, pretendía mostrar que la E.A. no es algo que se concreta en una disciplina o materia de estudio del medio sino que es mucho más: *un enfoque interdisciplinario que permea la educación en todos sus niveles* (incluyendo la universidad), de tal forma que un profesor de Arquitectura que enseña el urbanismo relacionándolo con los impactos sobre el medio ambiente y la calidad de vida está haciendo educación ambiental, al igual que un Ecólogo que explica la destrucción de un ecosistema en relación con los planteamiento éticos y las influencias de la humanidad....

Finalmente, mi trabajo se basaba en *la convicción de que la E.A. no queda en absoluto limitada a lo que se hace en la escuela o en centros especializados como granjas-escuela, aulas de naturaleza... sino que abarca a la conciencia y los conocimientos de todos los sectores sociales, niños, jóvenes y adultos*, en sus distintas formas: educación formal, educación no formal (la que se realiza fuera de las instituciones educativas) e incluso la educación informal que llevan a cabo los medios de comunicación en sus varias posibilidades. Todo ello contextualizado en los diferentes espacios físicos y sociales en los que fuese aplicada.

Estas cuestiones pueden parecer evidentes en la actualidad, pero eran muy revolucionarias en aquel momento, al menos en España, donde los grupos conservacionistas defendían “la pureza” de una E.A. meramente dedicada al conocimiento de la naturaleza y sus procesos (que era necesario, desde luego, pero a mi modo de ver insuficiente...).

En 1984 defendí mi tesis doctoral. Fernando González Bernáldez formó parte del Tribunal. Obtuve Sobresaliente cum laude y Premio Extraordinario. Se trataba de la primera Tesis Doctoral sobre Educación Ambiental de la universidad española. En ella me atrevía a responder a algunas preguntas que rondaban en mi mente: ¿Es posible construir una E.A. que integre las últimas aportaciones científicas, los avances de la filosofía y los criterios metodológicos emergentes? ¿Puede así plantearse una E.A. interdisciplinaria y compleja? ¿Podrá incidir esta E.A. en la transformación socioecológica y humana que el mundo necesita?

Tal vez uno de los avances más significativos de esta tesis haya sido *plantear una ampliación del concepto de “medio ambiente” desde el modelo naturalista y conservacionista que imperaba en las primeras aproximaciones a la E.A. a un enfoque que daba cabida y relacionaba, junto a los problemas del medio físico, a los del medio urbano, agrario y social.* En algunos ámbitos fui muy criticada por ello, aunque felizmente la historia me ha dado la razón.

En cuanto al abordaje de la E.A. desde la Ética, se plantea a partir de una afirmación contundente: *“la educación ambiental es, en primera instancia, un movimiento ético, un asunto de valores. Solo a partir de ahí se comprende también como una renovación conceptual y metodológica de nuestros sistemas de aprendizaje”.* Se critica la pérdida del sentido unitario de la realidad ambiental en nuestra cultura y la visión antropocéntrica del hombre occidental que se siente dominador y transformador de la Naturaleza, olvidando que dependemos de otras formas de vida para nuestra supervivencia. Y se plantea la pregunta crítica de si ciertos avances tecnológicos contribuyen a nuestra felicidad colectiva y a nuestra libertad. También *plantea las relaciones morales de los seres humanos con el mundo no humano*, algo que, en aquel momento, encontraba difícil comprensión en la sociedad.

En el campo conceptual y metodológico, la tesis proponía *propiciar una visión sistémica de la realidad*, desde la aportación concurrente de todas las disciplinas del currículum. No es un rechazo a éstas, sino *una apuesta decidida por la interdisciplinariedad* mediante su reagrupamiento en un modelo apropiado de interacciones.

Trabajar en ello fue una aventura estimulante. Pero el entorno (no solo el mío sino el de todos mis colegas de generación) no puede decirse que lo fuera. En la sociedad se iba instaurando un modelo de crecimiento sin control alguno que, pese a las advertencias del Club de Roma sobre los límites del crecimiento, no aceptaba trabas a la expansión de la apisonadora económica. La naturaleza era contemplada exclusivamente como una fuente de recursos (supuestamente inagotable, pese a la evidencia científica de su carácter limitado y finito). Eran los momentos del “progreso” y las intuiciones y propuestas de nuestro grupo generacional no encontraban eco en los espacios sociales ni políticos.

Así que ahí seguía mi trabajo, una pequeña aportación más a las que se estaban produciendo entre mis colegas. Aquellos años 80 supusieron un revulsivo para nuestras sociedades y alimentaron muchos sueños de cambio. Lamentablemente, la máquina económica continuó tratando de aplastar esos sueños. Pero la educación ambiental, como la economía ecológica, la ecología, la psicología ecológica y tantas otras formas de conocimiento, se afianzaron entonces en un “despegue” que, como las aguas subterráneas, ha ido impregnando la conciencia de nuestras sociedades (Cuando veo a Greta Thumberg y los jóvenes saliendo a la calle para denunciar las causas y consecuencias del cambio climático inducido por los seres humanos pienso que la educación ambiental ha jugado un papel importante en todo eso y hoy goza de buena salud...). La suerte no está echada...

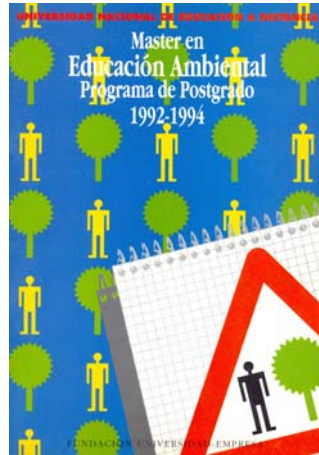
6. SE ABRE UN TIEMPO PARA SEGUIR APRENDIENDO (Y COMUNICANDO...)

Defendida mi tesis en 1984, se abrió ante mí un tiempo creativo: la necesidad de seguir aprendiendo y compartiendo conocimientos con otros profesionales, y la tarea de *tratar de incorporar la E.A. a la enseñanza superior*. La ausencia de información e interés por el tema era enorme. Frecuentemente, cuando algún colega o profesor visitante me preguntaba sobre qué había ido mi tesis y yo respondía “sobre educación ambiental”, mi interlocutor, con cara de sorpresa, decía “¿el qué?”.

Al año siguiente, 1985, publiqué el *primer libro de autor en lengua española dedicado íntegramente a la E.A.* Enseguida tuvo una amplia difusión en nuestro país y en América Latina (*Educación Ambiental, Anaya*).

En 1986 comencé a impartir *cursos de formación de profesorado sobre E.A. en la UNED* y publiqué un libro sobre *Educación y Medio Ambiente* con el fin de que sirviera para presentar unos conocimientos básicos sobre el medio natural, el medio agrario y rural y el medio ambiente urbano a los profesores matriculados como participantes. Tanto el libro como los cursos tenían ya un enfoque interdisciplinar y sistémico, contemplaban múltiples perspectivas y problemas ambientales. Y, por supuesto, planteaban pautas y criterios para diseñar y ejecutar proyectos y programas de E.A. *Esos cursos fueron pioneros en la preparación de los docentes sobre este tema* y tuvieron enseguida mucha demanda y un

gran efecto multiplicador. Estuve impartíéndolos durante largos años.



También en 1986 obtuve la *primera plaza de Profesora Titular de Educación Ambiental de la Universidad española* (años más tarde ocurriría lo mismo con mi Cátedra). Y recibí el encargo de la UNESCO de coordinar un *Curso Experimental sobre Problemática Ambiental Contemporánea en la Universidad de Cantabria*. Esta experiencia de E.A. me permitió ensayar de nuevo las posibilidades y riqueza de la interdisciplinariedad en el ámbito universitario. El equipo de trabajo estaba compuesto por biólogos, ingenieros, profesores de Derecho... así hasta nueve profesionales que dábamos las clases combinando la presencia de distintos docentes (con formaciones diferentes) para presentar las múltiples caras de los problemas. Al mismo tiempo, se estimulaba el protagonismo de los estudiantes mediante técnicas de dinámica grupal y de creatividad.

Yo viajaba todos los lunes a Santander. Me resultaba muy gratificante el trabajo con un equipo de esas características (y de muy buena gente, entre ellos Francisco Susinos, Director del Instituto de Ciencias de la Educación de la Universidad de Cantabria), así que regresaba a Madrid cansada pero contenta. Teníamos muy poco dinero para todo, ya se sabe que la UNESCO dispone siempre de recursos limitados, así que comíamos de menú en un restaurantito de la zona, por lo que decidimos que el Equipo se llamaría “Menú del día”... Y así, entre el buen humor y un trabajo serio y creativo, sacamos adelante la experiencia y entregamos el Informe a UNESCO, que lo valoró muy altamente como experiencia piloto para invitar a las universidades a practicar una educación ambiental interdisciplinaria.

A estas alturas, se hizo realidad algo por lo que habíamos luchado muchos miembros de mi grupo generacional: la creación de un centro impulsor y coordinador de las distintas experiencias y proyectos de E.A. que iban sembrando nuestro territorio, casi siempre dispersas. En 1987 esa idea se hizo realidad impulsada por un funcionario singular, José María Ruiz Dana, *con la creación del Centro Nacional de Educación Ambiental (CENEAM) en Valsain (Segovia)*, que dependía del ICONA. Joaquín Araujo fue su primer director. Por mi parte, *acepté el encargo de formar al primer equipo de Monitores del Centro*. Recientemente, al cumplirse los 30 años del CENEAM, varios colegas del grupo de “los históricos” nos volvimos a encontrar allí celebrando que, tanto el centro como nosotros seguíamos vivos y activos. Nos entregaron unos diplomas y, lo que es más importante, volvió a ser un reencuentro feliz entre muchos de nosotros.

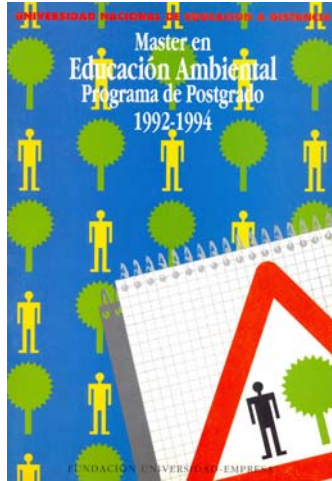
En ese mismo año, 1987, la UNESCO convocó en Moscú (U.R.S.S) el *Internacional Congress on Environmental Education and Training*, al que asistí como experta invitada. Allí estaban también Jaume Terradas y Fernando González Bernáldez. Éramos un grupo de cuatro o cinco invitados españoles solamente. La convivencia entre nosotros fue muy grata y recuerdo una anécdota de Fernando: queríamos viajar en el famoso Metro de Moscú pero no conseguíamos encontrar ningún lugar en el que se vendiesen los billetes, así que, como buenos españoles, decidimos entrar sin más. Fernando iba muy preocupado. Decía ¿qué dirían mis alumnos si me ven colándome en el Metro? Él era así, todo rectitud. (Después supimos que el Metro era gratuito...).

En el Congreso se nos instó a los docentes universitarios a organizar la formación y capacitación ambiental de expertos, de profesionales de las empresas y de la Administración y profesores, dado el efecto multiplicador que esa formación podría tener y su impacto en la toma de decisiones ambientales. Así que regresé a Madrid dispuesta a emprender esa aventura.

7. LOS SUEÑOS SE CONVIERTEN EN REALIDAD: UN MÁSTER INTERDISCIPLINARIO

En 1988, comencé a diseñar el primer Máster Internacional de Educación Ambiental de la universidad española. Al diseño del currículo le seguía de inmediato la búsqueda de profesionales de excelencia. Me fui a la Comisión Europea y “fiché” a algunas personas interesantísimas como profesores. También incorporé a Domingo Jiménez Beltrán, quien, por entonces, era el Director de la Agencia Europea del Medio Ambiente. En París conseguí que se sumasen al proyecto destacados expertos de la UNESCO, y otro tanto en Italia, América Latina... y en España, claro.

Finalmente, presenté al Consejo de Gobierno de mi universidad, la UNED, un programa de Máster Internacional ampliamente transdisciplinar, con 2 años de duración y 60 profesores, todos de excelente cualificación (en España, por ejemplo, contaba con Margaleff, Jorge Wagensberg, Fuco García Novo, Fernando González Bernáldez, entre otros...). Estaba proponiendo *el primer Máster de la UNED y el primer Máster Internacional de Educación Ambiental de la universidad española*. Se aceptó, previa la revisión rigurosa del proyecto por una Comisión Interfacultativa. Tenía vía libre para la puesta en marcha.



Los dos años siguientes se dedicaron a la preparación de los módulos, los materiales escritos y audiovisuales, tarea que compartí con un Comité Científico y un Consejo Asesor formados por expertos de distintas disciplinas. La interdisciplinariedad comenzaba, lógicamente, en esta fase del proyecto, así que era necesario lograr que los distintos docentes, al preparar sus materiales, trabajasen con unos mismos criterios y referentes científicos.

En 1990 comenzó la aventura, una de las más emocionantes que he vivido en mi trayectoria profesional. Se incorporó la primera promoción. Los alumnos y alumnas del Máster eran, en muchos casos, profesores o catedráticos de universidad, altos cargos de la Administración, dirigentes sindicales, docentes del sistema educativo... Esto se explica porque no había ninguna otra oferta parecida para una formación ambiental y educativa tan amplia. Y muchos profesionales sentían la nece-

sidad de avanzar en este tipo de capacitación. Así que la convocatoria fue un éxito.

El currículo del Máster tenía carácter modular teórico-práctico y se desarrollaba en dos años, combinando las sesiones presenciales con el trabajo a distancia. Eso permitía que muchos de los participantes viviesen dispersos en distintas ciudades de España y en múltiples países extranjeros. Creamos un sistema de becas para profesores de universidad y profesionales de la Administración españoles y latinoamericanos, que tuvo enorme demanda y cumplió casi siempre con ese efecto multiplicador que esperábamos conseguir. De inmediato, al concluir el Máster, la mayor parte de ellos organizaban postgrados o masters en sus propias universidades o tomaba decisiones profesionales inspiradas por la filosofía de nuestro programa. Este movimiento expansivo, aparentemente modesto, tuvo una gran repercusión no solo en nuestro país sino en América Latina donde, con los años, fueron surgiendo multitud de experiencias con magníficos resultados.

Sus contenidos eran muy innovadores para los años 90 y siguientes: Un amplio trabajo sobre *enfoque sistémico e interdisciplinariedad* que abarcaba ya las *teorías de la complejidad y el pensamiento complejo* con el objetivo de asomar a los estudiantes a un nuevo paradigma interpretativo de la realidad. Unos modelos interpretativos integradores que contemplaban, *junto al rol de las distintas ciencias, el papel del arte y de la ética*. Un enfoque interniveles que propiciaba la *integración de lo global con lo local*, con estudio de casos sobre contextos regionales, nacionales e internacionales. *Un análisis interdisciplinario de los problemas ambientales aplicando los enfoques anteriores*. Y es de destacar que, ya

a principios de la década de los 90, dedicábamos varios módulos de trabajo al cambio climático, el armamentismo y los conflictos bélicos y el deterioro del patrimonio histórico-artístico. Finalmente, unos enfoques psicopedagógicos emergentes para el tratamiento educativo de la problemática ambiental.

Con las adaptaciones y actualizaciones que el proyecto requería en cada momento, la trayectoria del Máster se prolongó *durante 25 años, hasta 2015*. En esa larga experiencia, que ha sido muy enriquecedora (y agotadora en algunos momentos, como los de la revisión de los proyectos finales...) se ha alcanzado a profesionales de muy distintos campos, de países y lugares diferentes; se han creado redes entre ellos; se ha incidido, por efecto multiplicador, sobre sus contextos, y, sobre todo, hemos contribuido, junto con otros muchos profesionales y experiencias, a crear una conciencia ambiental de los riesgos y las oportunidades, ofreciendo modelos alternativos para la transformación de nuestras sociedades haciéndolas más sostenibles en el plano ecológico y más equitativas desde el punto de vista ético y social.

La apuesta que hicimos por incorporar las teorías de la complejidad y el pensamiento complejo a este proceso; la incorporación de enfoques científicos y artísticos para la interpretación de los problemas, junto con su carácter interdisciplinario, supusieron *un avance muy relevante en los planteamientos ambientales y educativos de aquel momento, hace unos 30 años*, y del período siguiente. Pero, entre nuestras limitaciones, hemos de señalar la del número de estudiantes que pudimos formar. Es cierto que esos profesionales ocupaban en muchos casos puestos de trabajo con responsabilidades ambientales y educativas y que desde el Máster organi-

zamos una Red Internacional de Titulados para que estuviesen interconectados. También es cierto que el efecto multiplicador funcionó. Pero es igualmente verdad que la experiencia fue solamente una semilla anticipatoria sembrada en un campo minado en el que estaba rodeada de formas de pensar contrarias muy poderosas, que hoy siguen imponiéndose, así que su alcance ha sido muy limitado (si no, no estaríamos donde estamos...).

8. VIAJAR, SEGUIR APRENDIENDO Y COMUNICANDO... DE RÍO 92 A LA CÁTEDRA UNESCO

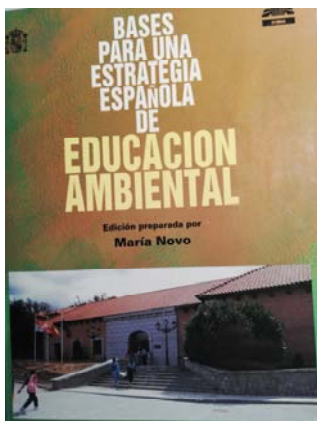
Después de este salto en el tiempo que abarca los 25 años de historia del Máster, regreso a aquel año 1990 en el que comenzó la aventura, para seguir contando algunas de las experiencias significativas de nuestra generación.

En el año 1991 el Instituto para la Conservación de la Naturaleza (ICONA) decidió emprender *un estudio sobre la E.A. en nuestro país, que pudiese servir de punto de partida para el establecimiento de una Estrategia Española de Educación Ambiental* y me encargó su dirección. Colaborando con la consultora OIKOS, logramos establecer una base de datos para el CE-NEAM, que estuviera disponible para consultas. También se publicó un libro (*Bases para una Estrategia Española de Educación Ambiental (ICONA, 1993)*), que yo coordiné. La idea era que sirviese de base para un debate consensuado a través de un Congreso Nacional para redactar la Estrategia definitiva.

Ese año 1992 di un paso adelante en mi formación sobre complejidad y pensamiento complejo. Fui invitada a la *Conferenza Internazionale "Imagini della società, della natura e della scienza attraverso l'educazione ambientale"*, que organizaba el Centro Europeo dell' Educazione (CEDE) en Perugia (Italia). Allí aprendí mucho, reflexioné en alto e interiormente, y pude cono-

cer a un intelectual singular, un hombre mayor que combinaba la sabiduría con la afabilidad: el profesor Marcello Cini, Catedrático de Física de la Universidad La Sapienza de Roma. Recuerdo que, en una de nuestras conversaciones sobre sistemas complejos, le pregunté: “Profesor, dígame: ¿Cómo le explico yo esto a mis estudiantes?” Y él, sonriente, me respondió: “María, cuéntales historias”. Después comentamos los distintos lenguajes y formas que podría usar una contadora de historias... Le hablé de mi faceta artística y él me dijo: “Por qué no te atreves?”. Aquella conversación me confirmó una intuición que llevaba años experimentando en silencio: yo era, en realidad, una contadora de historias. Una veces escribiendo, otras hablando, algunas pintando... Así que, consciente del potencial de las artes para expresar complejidades que son ininteligibles desde el punto de vista científico, inicié un libro de historias poéticas –*Microcosmos*- que tardé años en afinar y publicar (vio la luz en el año 2000). En él, a través de la poesía y la pintura, relato un viaje del Microcosmos al Macrocosmos desde las claves del pensamiento científico. Fue una aventura interior prepararlo, en la que disfruté mucho. Y ya nunca dejé de contar historias con estos y otros recursos...

En ese mismo año 1992 asistí en Junio a Río de Janeiro con motivo de la Cumbre de la Tierra. Iba a participar en el Foro de la sociedad civil. En las jornadas en las que se trató la E.A. solo participamos dos españolas, la socióloga Isabel Miranda y yo. Fue una experiencia muy interesante, porque de cada ámbito de trabajo del Foro solía emerger un Tratado que se pasaba después a los políticos para su consideración.



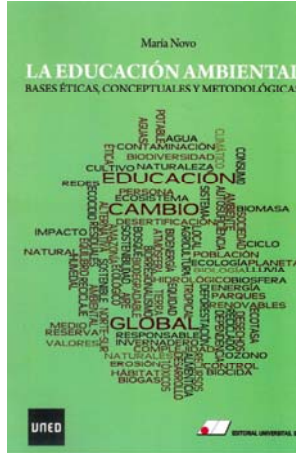
En Río nos encontramos con profesionales de todo el mundo que estaban abriéndole paso a la E.A., al igual que nosotras en España. La sintonía con los latinoamericanos fue inmediata. Ellos estaban moviéndose con un paradigma similar al nuestro y les resultaba natural incluir la ética y los valores como referentes de cualquier análisis o propuesta. Pero no ocurría igual con los anglosajones, muy centrados exclusivamente en los aspectos conservacionistas y sin querer tocar nada social o filosófico. Los debates fueron durísimos, terminábamos exhaustos a largas horas de la noche, pero logramos sacar adelante un interesante documento, el *Tratado de Educación Ambiental para Sociedades Sustentables y Responsabilidad Global*, en el que se afirma, entre otras cosas, que “la educación ambiental es un acto político, basado en valores, para la transformación social”. El Tratado se presentó a la Cumbre de políticos, como se hacía con todos.

Volvimos a España contentas, con nuestro Tratado bajo el brazo. Procuramos difundirlo y lo conseguimos en

nuestros ámbitos. Sin embargo, sus contenidos eran tal vez demasiado comprometidos para una sociedad como la nuestra que no quería oír hablar de problemas ambientales ni de cambios... Como tantos documentos que emergían desde el ecologismo, la economía ecológica, la ecología... solo tuvo recepción en unas minorías ya concienciadas.

Al año siguiente, 1993, asistí como *Asesora del Ministerio de Educación a la International Conference Environmental Education : Policy and Practice*, convocada por la O.C.D.E en Braunschewig (Alemania). Eran los momentos en los que se estaba planteando en el Ministerio la incorporación de la E.A. al sistema educativo formal. Posteriormente hice otras asesorías y participé en debates y consultas sobre este tema en España, Europa y América Latina.

En 1995 publiqué un nuevo libro de E.A. bajo el título *La Educación Ambiental: bases éticas, conceptuales y metodológicas (Universitas)*. En él actualizaba el discurso de la E.A. incorporando cuestiones que había tratado en mi tesis, enriquecidas por diez años de estudio y experiencia. Ahora el terreno ya no era tan desfavorable, así que pronto se convertirían en centrales entre los profesionales de este movimiento, como el enfoque sistémico, sistemas y complejidad, calidad de vida, impacto ambiental, desarrollo sostenible, educar en términos de relaciones, la pauta que conecta... La obra tuvo muy buena acogida, no solo en España sino también en América Latina, y se convirtió en un texto de referencia para las universidades. Con las actualizaciones y adaptaciones que requerían los años, en 2017 se cumplieron veintidós ediciones. Y sigue siendo útil y demandado, que es lo más importante.



En 1996 la UNESCO, en reconocimiento al trabajo realizado, me concedió la *Cátedra UNESCO de Educación Ambiental* (después se ampliaría su nombre como “Educación Ambiental y Desarrollo Sostenible”), mediante un Convenio entre el Rector de mi Universidad y el Director General de la UNESCO (¡que era Federico Mayor, pero yo todavía no lo conocía...!). La Cátedra se ubicaba en la UNED y a mí se me otorgaba su Titularidad. Ese nombramiento supuso un honor y una responsabilidad. Era *la primera Cátedra UNESCO de E.A. en España* y nació con la vocación de ser un foco de investigación, docencia, información y cooperación internacional.

Las Cátedras UNESCO eran una creación de Mayor Zaragoza para favorecer, entre otras cosas, la transferencia e intercambio de conocimientos e investigación entre universidades del Norte y del Sur. Así que, en colaboración con el equipo de trabajo de la UNED, viajamos mucho a América Latina, firmamos convenios con universidades, impartimos conferencias, creamos

redes, proyectos de investigación conjuntos... Y en ello continuo todavía pues, en calidad de Profesora Emérita de la UNED, sigo como Titular de la Cátedra, organizando y participando en actividades, gracias a todo el trabajo de equipo que realizo con mis colegas en activo.

9. CIENCIA, ARTE Y MEDIO AMBIENTE: EL PROYECTO ECOARTE

Era 1998, yo realizaba mi primera exposición de pintura en Sevilla con el tema “Microcosmos” utilizando los materiales que tenía preparados para el texto. Era una forma de testarlos, de ver si funcionaban. Y tuvieron muy buena acogida, tanto, que la Diputación de Sevilla aceptó publicar el libro. Hicieron una edición hermosa, con las tapas blancas. Más allá del posible interés de mis trabajos, quiero resaltar el apoyo que recibí en esos momentos de José Ramón Antúnez, entonces Director de la Casa de la Provincia de Sevilla, quien comprendió esa idea de integrar ciencia y arte en el discurso ambiental y apostó por ella. La obra se publicó en el año 2000, justo a los 25 años de mi primer libro de poemas, así que fue una especie de aniversario que viví con enorme gozo.

Paseando en esos días por Sevilla, con el olor de los naranjos y la luz de esa mágica ciudad, me iba preguntando: ¿Cómo podría llamarle a esto que trato de hacer mezclando ciencia y arte para la interpretación del medio ambiente? Pero la respuesta no acababa de aparecer... Hasta que una mañana me desperté en el hotel con la palabra justa: “EcoArte”. Fue uno de esos momentos de eureka: ya tenía no solo las ideas sino también la forma de nombrarlas. Ahora solo quedaba seguir trabajando y difundir el proyecto.

Al año siguiente, 1999, inicié un período sabático en la UNESCO en París. Como siempre que podía, acudía a este lugar de excelencia para seguir dialogando y aprendiendo con sus expertos, algo con lo que tanta luz veía siempre. Me encargaron que dirigiese una investigación de alcance mundial: *Higher Education issues of high priority for UNESCO: Environment, Environmental Education and Sustainable Development: groundbreaking experiences and best practices*. Ese trabajo fue muy gratificante, me permitió ampliar mi información y contactos con instituciones de todo el mundo y contribuyó no poco a afianzar mi convencimiento de que la E.A. y el Desarrollo Sostenible estaban teniendo un despegue impresionante a lo largo y ancho del planeta. Con la colaboración del equipo de trabajo de la Cátedra UNESCO, preparamos un libro de cerca de 400 páginas con la catalogación de todas las experiencias (*Cambiar es posible, Universitas/Unesco, 2001*). Se presentó a la próxima Conferencia General de la UNESCO y tuvo una amplia distribución.

Por cierto, que ese título sería utilizado años más tarde en el Foro Social Mundial, pero en aquel momento fue muy novedoso. Ah!, y la portada del libro era un retazo de un cuadro mío. EcoArte comenzaba a funcionar...

Y tanto... En ese curso sabático 1999/2000 yo había comentado con el responsable del tema de desarrollo sostenible en UNESCO la propuesta de EcoArte y la exposición de Sevilla. Él era un hombre muy creativo y abierto, así que le encantó la idea y me animó a iniciar un proyecto de investigación sobre la potencialidad y posibilidades de esos planteamientos. Dicho y hecho. Conseguí financiación para el proyecto y, con un pequeño equipo de trabajo, iniciamos la andadura. Se tra-

taba de crear un “conocimiento en las fronteras”, una especie de “ecotono” entre la ciencia ambiental y el arte.

La UNESCO nos invitó a hacer una exposición en su sede de París como parte del proyecto de investigación. *En el año 2001 EcoArte se presentaba internacionalmente en la UNESCO con una exposición de poesía y pintura que incluía los carteles, una serie de cuadros míos de gran formato y 15 paneles con textos poéticos, bajo el título “Ecoarte: Ciencia, Arte y Medio Ambiente” ¡Qué emoción y qué alegría!, en ese lugar un tanto proverbial para mí, donde tanto había aprendido cuando hacía mi tesis ... En ese lugar lleno de científicos y artistas, la idea de fusionar estos enfoques y avanzar hacia la transdisciplinariedad se abría paso. No me lo podía creer, pero allí estaban nuestros trabajos diciendo que era posible.*



UNESCO organizó una inauguración en la que participaron varias autoridades de educación y responsables de programas. Para EcoArte fue un espaldarazo. Personal-

mente, lo viví como un día de júbilo porque me hacía llegar mucha energía para seguir investigando, pintando y escribiendo en esta dirección.

En Septiembre del mismo año 2001 pude organizar un *Seminario Internacional de científicos y artistas* en Torre Guil (Murcia) sobre el tema “*Descubrir, imaginar, conocer: Ciencia, Arte y Medio Ambiente*”. En él (que se celebró sin público, solo con ponencias y debate interno entre nosotros) tomaron parte 15 científicos y artistas de diferentes campos de conocimiento. Una lingüista hizo una relatoría que, analizada, nos permitió encontrar puntos nodales para un discurso transdisciplinario asentado en el diálogo Ciencia/Arte que permitiese mostrar a un público amplio la complejidad del entramado ambiental.

Entre los participantes estaba el profesor Carlos Montes, que nos explicaba aspectos de la naturaleza dentro y fuera de la sala de reuniones. Con Carlos, la sintonía venía ya de tiempo atrás, él había sido muy importante al apoyarme desde el principio en EcoArte. Me daba seguridad (y me la sigue dando cada vez que compartimos proyectos...). Ahora codirigimos el proyecto. Y Javier Fernández Ramos lo coordina.

Como fruto visible del Seminario se produjo el “*Manifiesto de Torre Guil sobre Ciencia, Arte y Medio Ambiente*”. Su presentación oficial tuvo lugar el día 12 de septiembre de 2002, coincidiendo con una *nueva exposición de EcoArte en Alicante, en la sala de la Caja de Ahorros del Mediterráneo*.

La fase final del proyecto consistió en *retraducir las conclusiones de todos estos trabajos al campo pedagógico*.

gico. Ello suponía revisar los contenidos de nuestros programas de educación ambiental y también ofertar esta experiencia a otros colectivos universitarios que trabajan este ámbito. Para ello se procedió a *la digitalización de las pinturas y a la construcción de una página web*. Por mi parte, coordiné el libro “*Ciencia, Arte y Medio Ambiente*” (*Mundi Prensa, 2002*) que recogía las ponencias presentadas en el Seminario de Torre Guil por los participantes.



El proyecto de investigación como tal concluyó en 2003. La difusión de sus resultados se ha ido dando a conocer en una larga serie de ponencias a congresos y seminarios nacionales e internacionales, artículos científicos y divulgativos, y conferencias. Pero, hasta el presente, EcoArte ha seguido vivo. En este tiempo se han hecho algunas exposiciones, se han organizado Seminarios y Cursos, y se ha realizado un nuevo *Manifiesto de científicos y artistas*, fruto de un Seminario codirigido por Carlos Montes y por mí en la Universidad Interna-

cional de Andalucía en el año 2008, sobre el tema *Ciencia y Arte ante el cambio global*.

La última actividad internacional de EcoArte ha sido el *Simposio Internacional “Reinventar el horizonte: Ciencia y Arte ante el Cambio Climático”* que promovió la Fundación Areces -con la colaboración de la Cátedra UNESCO de la UNED- y se celebró en su sede de Madrid en 2018. En él participó un amplio elenco de destacados científicos y artistas. Actualmente trabajamos en la preparación de una exposición sobre Cambio Climático planteada desde la Ciencia y el Arte.

En el año 2007, la Asociación de Artistas pro Ecología de Chile me concedió el Premio Internacional *N’aitum* por mi trayectoria profesional, con especial mención al Proyecto EcoArte. Comenzaba a comprobar que era conocido internacionalmente. Hoy pueden encontrarse en internet proyectos “Ecoarte” en prácticamente todos los países de América Latina (y he de decir que yo no he hecho nada más que divulgarlo en la red, el resto lo han hecho los propios latinoamericanos receptivos a esta filosofía de trabajo).

10. MUJERES Y NATURALEZA, LAS GRANDES INVISIBLES

Volviendo al tema generacional, déjenme decirles que, en estos grupos en los que nos aventurábamos a pensar más allá de los cánones establecidos, estábamos muchas mujeres. Habíamos aprendido en carne propia lo que significa no ser tenida en cuenta en las decisiones sociales y políticas, en algunas familias, en las universidades... Siempre teníamos que demostrar con creces nuestra valía para cualquier trabajo, pero seguíamos adelante, reivindicando esa “habitación propia” que, metafóricamente, Virginia Woolf había reclamado para nosotras.

Algunas comenzábamos a ponerle nombre a nuestra situación: *invisibilidad*. Yo también lo hice. Y pronto comprendí que se parecía mucho a la *invisibilidad de la naturaleza*, porque nuestros trabajos, en gran parte gratuitos, eran invisibles para la economía. Y ya se sabe que en nuestras sociedades lo que no contaba en el PIB no existía.

Pronto comenzó a emerger, aquí y allá, con distintos matices, el ecofeminismo. Llamábamos así a un movimiento que vinculaba el tratamiento que la sociedad daba a las mujeres con el que recibía la naturaleza, considerando que la liberación de ambas estaba íntimamente relacionada. En mi caso, llevaba tiempo queriendo hablar de nuestra situación, así que, en unas vacaciones del año 2002, me marché a una isla del Atlántico y, del tirón y sin nada preparado, fui dejando que hablaran

mujeres del Norte y del Sur en mi interior. La escritura hizo el resto. Aparecieron relatos de mujeres de América Latina, África, España, quienes, en primera persona, decían en alto sus vidas. Regresé con un libro terminado, que se publicó en 2003 (*Ellas, las invisibles, Alga-ba*).

Después vinieron presentaciones, conferencias. ¡Me era tan fácil hablar de la situación de las mujeres! Por un lado, la había vivido en carne propia. Por otro, en mis viajes a América Latina había conocido (y admirado) a muchas mujeres campesinas, trabajadoras manuales, intelectuales... y de todas había aprendido tanto que era muy fácil contar sus vidas. En el libro hay un relato que se titula “Marta Lilian”. Lleva el nombre de una persona valiente que seguía reinventando la vida cada día con coraje y buen ánimo después de que, en la guerra civil de su país, hubieran matado a su padre, su hermano y su marido. La conocí en el Salvador, recién instaurado el proceso de paz. Todavía recuerdo su sonrisa.

Mi adhesión al ecofeminismo era (y es) total. Después he dado y sigo dando conferencias sobre el tema y he publicado artículos, entre ellos uno en 2003 titulado *Nunca hemos sido modernas*, como parte de un debate en el Instituto de Estudios Transnacionales de Córdoba.

Pero era necesario dar un paso más: fortalecer el vínculo de esa invisibilidad con la de la naturaleza. Así que, en el año 2004, como parte del trabajo de la Cátedra UNESCO, organicé en Valencia un Seminario sobre *Mujer y Naturaleza: las grandes invisibles*. Tuvimos el apoyo de la Caja de Ahorros del Mediterráneo y la colaboración de la Comisión Europea. Y me encargué, cómo

no, de que los participantes fuesen mitad varones y mitad mujeres...

Los debates resultaron interesantísimos y el tema caló mucho, tanto en el ámbito feminista como entre los ambientalistas, por su novedad y oportunidad. Carlos Montes hablaba del éxito en la naturaleza como un modelo de referencia y yo comentaba la necesidad de avanzar desde la invisibilidad al éxito, es decir, de lo que suponía ser mujer en el siglo XXI. Hubo ponencias sobre los avances conseguidos por artistas y por científicas, sobre ecologismo y feminismo como propuestas concurrentes para el cambio, sobre la nueva masculinidad, etc.

Creo que todos aprendimos mucho con los debates. Trabajamos sobre la resolución de conflictos y los valores patriarcales, también sobre lo que suponía ver a la naturaleza y a la mujer como sujetos, o sobre un nuevo concepto de progreso ligado a la visibilidad de la naturaleza... En esos días fértiles me reafirmé en algo que venía defendiendo desde siempre: que la salida del conflicto ha de hacerse mediante *una reconstrucción compartida de valores, roles y protagonismo entre “ellos” y “ellas”*. Y que, cuando los valores considerados tradicionalmente “femeninos”, presentes ya en la nueva masculinidad, puedan generalizarse, sería posible que el cuidado de la naturaleza alcanzase su madurez y realidad. En 2007 salió publicado el libro que recoge estas ponencias (*Mujer y Medio Ambiente: los caminos de la visibilidad, Catarata*).

Hace poco, en una entrevista, me pidieron: “dígame alguien a quien usted admire mucho”. Sin dudarle, respondí: a las mujeres campesinas del Sur del planeta y de

mi Galicia natal, a las maestras de los pueblos apartados, a las madres africanas que recorren largas distancias para llevar agua a sus hogares, a las que viven en medio de las guerras, a las que sacan solas adelante una familia, a las que emigran llevando como todo equipaje la esperanza...

11. UN VIAJE HACIA LA SOSTENIBILIDAD

Concluido la investigación de EcoArte en 2003, el proyecto continuó vivo, dicho lo cual les ahorraré una descripción detallada de actividades, que está en nuestra web (www.ecoarte.org). En paralelo a este y otros trabajos, a partir de 2003, logré sacar tiempo para ir iniciando despacio un libro transdisciplinario sobre Desarrollo Sostenible. Me preocupaba que no existiese nada así en nuestro país y que, para hacerse una idea del alcance de este concepto, fuese necesario leer por un lado libros de ecología, por otro de economía, de filosofía o de educación... Así que inicié la experiencia de aportar en un solo texto, y bajo un mismo paradigma, distintas dimensiones del desarrollo sostenible.

Como siempre que trabajaba con el conocimiento, la aventura me apasionó. Estudié mucho, revisé obras ya leídas, me llené de notas y esquemas y... comencé a escribir. Dedicué a ello tres años. En los inviernos, como tenía que compaginar el libro con mi trabajo en la universidad y mis conferencias, me dedicaba a estudiar, releer textos que habían sido fundamentales para mí, investigar en temas emergentes... Y en los veranos, con la tranquilidad de mi estudio en la casa de Pozuelo, aprovechaba para escribir y darle forma al texto. Al tercer verano tenía escritas 450 páginas, el libro estaba terminado. Lo publicaron enseguida Pearson y UNESCO conjuntamente, bajo el título *El desarrollo sostenible: su dimensión ambiental y educativa* (2006), con el apoyo del Institute of Advanced Studies de la United

Nations University, como una aportación a la Década de la Educación para un Desarrollo Sostenible.

Lo mejor de este texto es, sin duda, el magnífico prólogo que me hizo Federico Mayor Zaragoza, a quien había conocido precisamente ese año 2006 presentándole yo a él su último libro. Fue un auténtico lujo contar con sus palabras. Después, las mías están estructuradas en cinco apartados, a modo de una especie de viaje que ofrezco al lector o lectora invitándole a transitar desde el origen de nuestros modelos de vida insostenibles hacia la sostenibilidad:

La obra se inicia reflexionando sobre el tema De dónde venimos: la herencia de la Modernidad. Es una crítica a los modelos mecanicistas, reduccionistas y deterministas de la ciencia que inicia y recorre la época moderna, en la medida en que sus principios científicos desbordan sus fronteras y se convierten en un paradigma interpretativo del mundo. Se cuestiona igualmente el sistema que otorga la centralidad de la vida social y económica al mercado (al que esta ciencia resulta funcional) y su apuesta por un crecimiento lineal e indefinido y el beneficio a corto plazo. Todo ello planteado en un marco filosófico que revisa las ideas de Descartes, Bacon, Galileo, Newton... sobre la naturaleza y lo que suponía “el progreso”, y continúa con las revisiones de filósofos y científicos posteriores, incluyendo un capítulo de “Críticos y disidentes”.

Estos planteamientos ayudan a comprender la génesis de nuestros modos de vida depredadores y presentan, al mismo tiempo, la emergencia de figuras históricas que criticaron este modelo y llamaron la atención sobre el valor de la naturaleza y sobre la relevancia de los proce-

sos (y no solo los productos) en la dinámica de la vida... Finalmente, estas páginas se detienen a mostrar la emergencia, en los albores del siglo XX, de una nueva ciencia y de las vanguardias artísticas, que plantean, en palabras de Popper, un tránsito de los relojes a las nubes, metáforas del paradigma mecanicista y la nueva ciencia que negocia con el azar y la incertidumbre.

Después continúa preguntándose Dónde estamos: la crisis ambiental en un mundo globalizado. Aquí el texto se mueve en el terreno político/económico y, partiendo de una caracterización del concepto de crisis, trata de interpretar la que estamos viviendo en el escenario de una sociedad globalizada. Se inicia con un estudio cronológico y detallado sobre “los caminos de la globalización” desde Bretton Woods hasta el momento presente.

A continuación aparece la pregunta ¿Hacia dónde iremos ir?: el desarrollo sostenible. A partir de los orígenes del concepto “desarrollo sostenible”, se plantea, de su mano, un viaje hacia la sostenibilidad. Se explica que ese viaje exige tener en cuenta el paso de “un mundo vacío a uno lleno”, en palabras de H. Daly, e igualmente nos aboca a la formulación de algunas preguntas esenciales: desarrollo ¿para quién?, desarrollo ¿para qué? y desarrollo ¿cómo? Al mismo tiempo, se insiste en que los bienes naturales y los valores intangibles no son mercancías y que no todo lo que tiene valor (y valor ambiental) puede ser retraducido a precio.

El texto continúa ofreciendo sugerencias sobre Cómo organizar el viaje, desde la imaginación, la equidad y la resiliencia. Y concluye con otro interrogante: Cuándo la educación forma parte de las soluciones. Porque “existen muchas educaciones, no todas liberadoras”, en

función de quién educa y cuál es la legitimidad de su discurso, pero también de cómo se educa, a partir de qué objetivos, contenidos y valores. Es decir, qué imagen de ser humano y de sociedad manejan quienes educan. De modo que el aparato educativo puede alinearse, y lo ha hecho en ocasiones, a favor de la reproducción de un mundo injusto, insolidario, de criterios de insostenibilidad... En unas sociedades en las que la educación nunca es neutral.

La obra concluye con unos versos iluminadores del gran poeta Hölderlin:

Allí donde crece el peligro, crece lo que salva.

12. TIEMPO Y SOSTENIBILIDAD: DE “DESPACIO, DESPACIO” A SLOW PEOPLE

El largo proceso de escritura del libro de Desarrollo Sostenible fue un ejercicio real de contar historias, tal y como años atrás me había propuesto el profesor Marcello Cini. Disfruté contándolas y pensando que, con esa estructura, serían más comprensibles para quienes las leyeran. Al mismo tiempo, me llevó a hacerme muchas reflexiones, a revisar conceptos y, sobre todo, a hacerme preguntas. La que me rondaba durante los tres años que duró el proceso era, sobre todo, la siguiente: ¿Por qué los seres humanos, tan inteligentes, no hemos sido capaces de vivir de forma sostenible sobre el planeta? Una pregunta que afectaba fundamentalmente a la cultura occidental y nuestros modos de vida despilfarradores y depredadores. ¿Éramos en realidad los más listos o los más tontos? ¿Estábamos cavando nuestra propia tumba? ¿Por qué nos comportábamos así?

Corría el año 2004. A nivel individual, yo me daba cuenta de que todo conspiraba a mí alrededor para que fuese deprisa, así que me esforzaba por desacelerar mi vida. Cuando lo comentaba con algunos colegas y personas cercanas, estos también mostraban su incomodidad por el ritmo que nos venía impuesto. Así que Carlos Montes y yo de nuevo emprendimos un proyecto juntos: decidimos unirnos con otros amigos y amigas disidentes de la prisa y crear un grupo de reflexión sobre el tema. Coincidíamos en que sería bueno para nosotros y para la naturaleza dejar más espacio para la contemplación y

disfrute de experiencias sencillas, el encuentro con las gentes queridas, las largas charlas de café sin tema prefijado...

Entre esa experiencia y la pregunta que rondaba por mi cerebro sobre las causas de nuestra ineptitud para relacionarnos amablemente con la naturaleza, un día apareció en mi mente la respuesta (que, por cierto, era bastante simple...): *destrozamos el planeta por las prisas y la aceleración de los procesos*. Vamos demasiado deprisa a la hora de producir y consumir y no tenemos tiempo para pararnos y pensar en el ritmo de consumo de bienes naturales y de contaminación que sería aceptable respetando los límites de la Biosfera. Eso nos impide comprender cuál sería un modelo de progreso que pudiera sostener nuestras formas de vida sobre la Tierra, las de toda la humanidad. La prisa nos lleva a un abismo.

Enseguida nos reunimos un grupo pequeño de amigos y amigas conscientes de que lo que se abría ante nosotros era un proceso de aprendizaje. Todavía no teníamos la capacidad de organizar nuestro tiempo de forma óptima, pero queríamos conseguirlo. Le pusimos nombre simbólico a nuestro colectivo: *Festina lente*, recordando el lema del emperador romano *Augusto* (que después, en el Renacimiento, se convertiría en la insignia del ilustre *Aldo Manuzio*). *Festina lente* quiere decir “apresúrate despacio”-Manuzio lo simbolizaba en su escudo representando entrelazados un ancla y un delfín. La primera como símbolo de la fijeza, del arraigamiento en el suelo y los valores propios, y el delfín como metáfora de la ligereza, la intuición, sin las cuales toda fijeza se convierte en algo seco.

Y de ese modo, dispuestos a aprender a ir más lentos por la vida, caminamos unos años y todavía seguimos haciéndolo, ahora agrupados en la Asociación Slow People de la que hablaré más adelante.

Por mi parte, la lucidez había llamado a mi puerta. Me había dejado interpelar por una pregunta y vislumbraba una respuesta. Había que hacer algo. Pedí en mi universidad *un período sabático para ir a investigar al C.N.R. de Roma sobre la relación entre los usos del tiempo y el desarrollo sostenible*. ¿Por qué a Roma? Porque en Italia estaban floreciendo los movimientos de *slow food*, ciudades lentas, bancos del tiempo..., algo absolutamente innovador y muy poco conocido en nuestro país. Y porque no se había tratado, hasta el momento, su relación con la sostenibilidad.

En el curso 2006/2007 realicé la investigación, que fue de lo más enriquecedora. Visité la sede de la *Slow Food*, fundada en 1989 en Bra, al norte italiano, y pude conocer despacio su Universidad del Gusto. Me hice socia, claro, porque sus planteamientos me encantaron: proponían el derecho a una alimentación buena, sana, placentera y limpia de productos químicos. De modo que no solo defendían las ventajas de una vida lenta sino que *creaban “baluartes” en el mundo agrario* para proteger los productos autóctonos de calidad. Y, sobre todo, *tenían una clara visión de la dimensión política de su trabajo* (en el sentido de aportación a la “polis” como propuesta de mejora de las formas de vida). Recuerdo una conversación con Piero Sardo, uno de sus fundadores, en la que me contaba que uno de los catalizadores de su decisión para lanzar *Slow Food* había sido el advenimiento de la comida basura, comida rápida, que

rompía con la forma de vida mediterránea y la empeoraba en calidad de los alimentos.

Slow Food tenía ya en aquel momento más de 80.000 personas afiliadas en todo el mundo, repartidas en 130 países de los cinco continentes. Solo en Italia ya había unas 40.000. Estas gentes compartían la filosofía de trabajar para vivir y no de vivir solo para el trabajo. Su lema era *Buono, pulito e giusto* (bueno, limpio y justo). En general, manejaban una nueva escala de valores, evitando el consumo indiscriminado y de baja calidad y reivindicando el valor de la biodiversidad y de las culturas locales. ¿Podía haber yo soñado encontrarme con algo tan sostenible? Conocerlos me reafirmó que, al irme a Italia a investigar este tema, había tomado la decisión correcta.

Visité a los promotores de las ciudades lentas y viajé a algunas de ellas. Ciudades pequeñas en las que se podía pasear sin prisa y encontrar acogida en lugares públicos, como preciosos bancos de madera tallada en las calles. Un día, sentada con una colega italiana en uno de esos rincones silenciosos y bellos, recordé una frase de *Italo Calvino* que me había impactado años atrás: *De una ciudad no disfrutas las siete o las setenta y siete maravillas, sino la respuesta que da a una pregunta tuya*. Allí estaba encontrando yo mi respuesta. Había merecido la pena.

Los italianos llamaban a estas ciudades *Cittaslow* usando una mezcla idiomático italo-inglesa... Orvieto, Bra, Positano y tantas otras me confirmaron lo que me dijo en una de mis entrevistas *Steffano Cimichi*, uno de los fundadores de este movimiento: que la lentitud era una metáfora pero que sus propósitos iban más allá: hacer

un proceso de reeducación de la ciudadanía en el saber y en el sabor (el gusto); hacer visible el *genius loci*, el espíritu del lugar, para el disfrute no solo del patrimonio material sino del rico patrimonio inmaterial que constituyen la cultura, las tradiciones, los saberes de la gente.

Podría seguir pero temo cansarles. Podría hablarles de Ferrara, la ciudad de la bicicleta, también de algunas incipientes experiencias que comenzaban a adherirse al movimiento en España. Pero dejaré este tema para comentar algo sobre los Bancos de Tiempo, que lo merecen. La experiencia italiana en este sentido era fantástica, databa del año 1991, cuando nació en Parma el primer BdT. Que no surgió por casualidad, sino porque en Italia existía en aquellos momentos un verdadero debate sobre la conciliación de los tiempos personales, familiares y laborales, y la necesidad de ajustarlos a una vida armoniosa.

En el momento en que yo investigaba, había en Italia unos 300 Bancos del Tiempo, distribuidos en todas las Regiones. La ciudad de Roma tenía 24 Bdt coordinados por una Oficina del Tiempo del propio municipio, a cuyas responsables, todas mujeres, pude entrevistar en varias ocasiones. Incluso la Universidad de La Sapienza contaba ya con un BdT en la Facultad de Arquitectura. En estos lugares se coordinaba *un sistema de intercambios de servicios sin utilización del dinero, una especie de economía “no monetaria” cuya unidad de cambio era el tiempo.*

El secreto de los BdT (y lo que me emocionó al conocerlos de cerca) estaba en que *volvían a colocar a las personas –y no al dinero o al mercado- en el centro de las relaciones sociales* de todo tipo, y se constituían,

consecuentemente, en instrumentos de empoderamiento de la ciudadanía al romper la tendencia asistencial y comercial y crear *verdaderos procesos comunitarios*.

Censé todo, hice entrevistas en profundidad, recogí documentos para analizar, contrasté la información con las visitas y... llegué a la conclusión de que *el uso del tiempo es un gran indicador de sostenibilidad* y que la desaceleración de nuestras formas de vida potencia la autogestión de las personas y los colectivos y con ello contribuye a la transformación social. También, y esto me pareció muy importante, crea bajos impactos sobre la naturaleza e incentiva la autosuficiencia de los sistemas locales creando tejido social que los hace menos vulnerables y dependientes.

Terminé mi sabático recordando de nuevo a *Italo Calvino*: había encontrado no una sino múltiples respuestas a una pregunta mía...

Cuando finalicé mi sabático presenté el Informe al C.N.R. y a mi Universidad. Pronto llegaron las vacaciones: tenía un verano por delante. Pero no me hicieron falta ni dos ni tres meses. En quince días, con los recuerdos y las experiencias recientes, decidí que *esta vez mi propuesta de educación ambiental iría destinada al gran público*. Redacté un libro de divulgación que titulé *Despacio, despacio (20 razones para ir más lentos por la vida)*. Se lo di a leer a mis hijos y a algunos amigos y amigas, para ver si funcionaba. Busqué editorial y, en 2010, lo publicó Obelisco. Enseguida surgieron peticiones de editoriales de otros países y se publicó en portugués, coreano, chino simplificado, chino complejo y... por supuesto en italiano, con un hermoso prólogo de

Pietro Barcellona, uno de los destacados intelectuales de ese país.

En paralelo, en 2006, comencé a comentar con los amigos y amigas de *Festina Lente* la posibilidad de crear una asociación y una página web para difundir la filosofía slow. La idea prosperó y, al año siguiente, registramos la *Asociación Slow People* (gente que quiere ir más lenta por la vida). Y confeccionamos una hermosa página web (www.slowpeople.org).

Slow People aglutina los aprendizajes de todo el grupo en las distintas formas y experiencias adoptadas para ir armonizando el ritmo de nuestra vida profesional, social y familiar con el ritmo de nuestro cuerpo, conscientes de que ese cuerpo también es naturaleza (y a veces naturaleza en peligro de desastre, si no lo escuchamos...). Personalmente, en Italia pude confirmar mi intuición de que *tiempo y sostenibilidad son dos elementos en relación y que esa relación condiciona, incluso a veces determina, los grados de sostenibilidad de personas y colectivos sociales*. Así que acuñé una recomendación que, por fortuna, ha encontrado bastante eco: es urgente y necesario *reapropiarse del tiempo*.

La lucidez que está detrás de esa afirmación me ha llevado y me sigue llevando a cuidar la forma en que uso el tiempo que se me regala cada día. Y así, a veces con errores y otras con aciertos, voy tratando de gestionar ese don maravilloso que valoro tanto como el silencio.

13. ¿POR QUÉ CORREMOS? EL MODELO DE ÉXITO

Ya voy terminando esta “historia de mis historias” y no quiero cansarles. Solo les contaré otra más: Al poco tiempo de saborear mis hallazgos sobre tiempo y sostenibilidad no pude evitar que me rondara otra pregunta: Sí, consumimos recursos y producimos desechos a más velocidad de la que la naturaleza puede reponerlos y degradarlos. Hay un problema de insostenibilidad relacionado con la prisa, la forma acelerada en que corremos. Pero... (y apareció la cuestión): *¿Por qué corremos?*

Caramba! Aquello me intrigó de nuevo. Se cumplía la afirmación de tantos de mis maestros: cada respuesta que se encuentra nos abre a una nueva pregunta. Y no podía quedarme sin tratar de responderla, supongo que ese debe ser el síndrome de los investigadores o simplemente de la gente curiosa. Así que, dándole vueltas a la cuestión, no me fue fácil pero un día encontré una respuesta (provisional, como lo son todas en este campo...): *corremos por el modelo de éxito que se ha implantado en nuestras sociedades.*

Era solo una intuición, una hipótesis que necesitaba corroborar. Así que preparé el posible guion de una entrevista, hice un listado de profesionales, personas corrientes, artistas, científicos... que, de algún modo, podían devolverme información, y comencé a entrevistarlos. Quería *continuar con mi experiencia de educa-*

ción ambiental con un público amplio, hacer un libro de divulgación, como el anterior. La idea era que “sembrase” algunas reflexiones en la sociedad sobre ese supuesto éxito que perseguimos, sus costes en términos de calidad de vida y de impactos sobre la naturaleza. También me proponía hablar de afectos, vínculos y experiencias positivas para una vida armoniosa con nosotros mismos y con el entorno. Desde luego no hace falta ser un lince para saber que los éxitos profesionales y la fama no necesariamente son fuente de felicidad. Pero no me sentía legitimada para contar tan solo mis ideas o experiencias. Necesitaba ahondar en el tema, sobre todo escuchar... y me puse a ello.

Pasé los tiempos libres que me dejaban mi trabajo y mi vida familiar durante un invierno dedicada a entrevistar a economistas, terapeutas, artistas, empresarios y empresarias, estudiantes... hombres y mujeres jóvenes y mayores, para contrastar sus ideas y experiencias sobre lo que es el éxito y lo que proporcionan los distintos modelos de éxito.

Este trabajo dio sus frutos. Me permitió afinar (y a veces cambiar) mis planteamientos iniciales en algunos aspectos. Al mismo tiempo, me reveló algo que había intuido levemente y ahora adquiría un lugar propio: *nuestro modelo de éxito es una de las causas fundamentales de la destrucción de la naturaleza*. Me di cuenta de que chocaba frontalmente con lo que las culturas de nuestros antepasados y de algunos pueblos originarios llamaron *el buen vivir*. Un buen vivir que, en esas culturas, contemplaba de modo relacional el cuidado del entorno y el cuidado de lo propio.

Y pude confirmar que, cuando le preguntaba a la gente por las cosas que les hacían felices, las respuestas eran siempre *cuestiones inmateriales* y nada ligadas a la fama o la gran riqueza. Me respondían que la felicidad era estar con las personas queridas, amar y ser amado, estar en paz con uno mismo y... realizar sus sueños. Alguien lo resumió diciendo “para mí el éxito es ser feliz y hacer felices a los que me rodean”. La naturaleza no aparecía de forma explícita, pero yo iba descubriendo proyectos de vida sencillos, poco impactantes en términos de recursos y centrados en la calidad de vida.

Después de ese año de escucha y reflexión me aventuré con otro libro (y es el último que les voy a comentar, no se alarmen...). Un libro que propone un nuevo modelo: *el éxito vital*. Centrado en *el arte del buen vivir*. Convencida, ahora ya con cierto fundamento, de que ese buen vivir no consiste ni en correr ni en tener fama o dinero a raudales, sino en *que cada uno pueda ser como se sueña, sin dañar a su entorno natural, social y humano*.

El libro es el penúltimo de los publicados por mí. Salió en el año 2017 (*El éxito vital. Apuntes sobre el arte del buen vivir. Kairós*). Ha tenido buena acogida y a mí personalmente me ha ayudado a avanzar un poco en la respuesta a aquella pregunta de por qué corremos. Y me ha confirmado cómo quiero vivir.

14. MIGRACIONES, DERECHOS HUMANOS Y SOSTENIBILIDAD: LA EXPERIENCIA DE LA UNED EN MOTRIL

En la última década, he venido codirigiendo con un Magistrado, Luis Carlos Nieto, una serie de Jornadas en la sede de la UNED en Motril sobre el problema de las migraciones enfocado desde los derechos humanos y la sostenibilidad. Se trata de una comprometida iniciativa que inició este Magistrado con su equipo de trabajo cuando era Juez en Motril, conmovido por la cantidad de muertos que arrojaba el mar en aquella zona a causa del naufragio de pateras.

Como yo venía incluyendo este tema en mis conferencias, Luis Carlos me invitó a colaborar en las Jornadas. Por mi parte, le ofrecí el apoyo de nuestra Cátedra. Y así hemos venido trabajando al unísono durante largos años. En la pasada edición la codirectora fue la profesora Murga Menoyo, también miembro de la Cátedra.

Sobre este tema de las migraciones se habla mucho pero se escucha poco a sus verdaderos protagonistas: las personas que emigran desde los países empobrecidos a la zona de riqueza económica del planeta buscando unas condiciones de vida mejores. La novedad de la experiencia de Motril, inspirada por Luis Carlos Nieto, es que entre los ponentes hay siempre inmigrantes, abogados y abogadas que defienden a los que cruzan ciertas líneas fronterizas, por ejemplo la que separa México de

Estados Unidos, para darles voz y que relaten en primera persona sus experiencias.

Pero hay más: en todas las ediciones interviene siempre algún artista que presenta el problema de los derechos humanos de las gentes migrantes desde un enfoque poético, plástico, musical... Esa es una riqueza añadida que contribuye a que sigan siendo muchos los profesores, juristas, artistas, miembros de ONG,s y de la Administración que asistan puntualmente a la convocatoria de Motril.

En cuanto a la sostenibilidad, son muchas ya las ediciones en las que hemos vinculado el deterioro de la naturaleza y de los recursos en las zonas empobrecidas con el lamentable hecho de que las personas se vean forzadas a emigrar. Es más, en varias ocasiones y hace bastantes años, personalmente he propuesto la creación de la figura del “refugiado ambiental” (o refugiado climático) a los juristas presentes, con la esperanza de que alguno de ellos dictase sentencia teniéndola en cuenta. Hoy es una figura que la sociedad contempla ya como algo evidente.

Hace unos años lanzamos el *Manifiesto de Motril*, un documento de denuncia que es, a la vez, una reivindicación de derechos humanos y una apuesta por la sostenibilidad. En abril de este año 2019 se celebraron las XVI Jornadas de Derechos Humanos y Migraciones de Motril.

15. LO QUE APRENDÍ (ENTRE ACIERTOS Y ERRORES...)

En medio de múltiples intercambios y aprendizajes compartidos con mis colegas de generación, he ido haciendo algunos aprendizajes. Siempre a base de tanteo y error, de avanzar y equivocarme, de escuchar y observar mucho... Así creo que hemos ido creciendo todos y ahora, llegados a la madurez, comenzamos a entender qué es esto de ir por la vida promoviendo y practicando una cierta sostenibilidad, siempre imperfecta y, como las fincas, manifiestamente mejorable.

En el plano profesional he pasado a ser Catedrática Emérita de la UNED. Sigo dirigiendo la Cátedra UNESCO de Educación Ambiental y Desarrollo Sostenible, dando conferencias, escribiendo, y trabajando en EcoArte y Slow People. Todo ello no podría compaginarlo con mi vida lenta y la atención que merecen mi familia y las personas queridas si no fuese porque, en todos los casos, a mi lado hay personas estupendas que comparten conmigo esas tareas.

En los últimos años, participo con mis amigos profesionales en múltiples actividades y conferencias sobre Cambio Climático y Emergencia Climática, tratando de contribuir a que se produzcan transformaciones significativas en nuestras formas de vida. Y procuro aplicar lo que digo a mi propia experiencia, aunque me queda mucho por aprender... En EcoArte estamos preparando una exposición de Ciencia y Arte sobre Cambio Climá-

tico. Tengo entre manos otro libro, he comprometido varias conferencias, y sigo estudiando porque, felizmente, mi amor por el conocimiento no ha declinado. Y es ahora, en mi madurez, cuando me doy cuenta de que he aprendido algunas cosas en este ir y venir de experiencias, y me gustaría compartirlas.

Aprendí que el amor es la fuerza que mueve al mundo, a las personas... Y que la cooperación, desde aquel momento en que dos procariotas, una arquea y una espiroqueta “se miraron y decidieron cooperar” (no puedo evitar contarlo poéticamente) ha sido una importantísima fuerza motriz de la evolución... Ha habido competencia, luchas, destrucción, pero cooperar ha sido y será nuestra tabla de salvación y una de nuestras fuentes de felicidad.

Aprendí (sigo aprendiendo) a estar atenta al azar y a confiar en lo improbable. A no pensar nunca que todo está perdido. En ese “estar atenta” descubrí oportunidades y complicidades, personas y proyectos afines... Encontré fuerzas y señales para ir avanzando, día a día entre el saber construido y el saber que se construye, que es, al fin, el encuentro de la imaginación, la gran maestra de la vida, con la realidad. Ella me ayudó a comprender que, por fortuna, el conocimiento no es reproductor sino creativo, que “creamos” realidad con la misma intensidad con que creemos conocerla.

Aprendí también (y quiero compartir estos aprendizajes especialmente con las personas jóvenes que nos acompañan) que es imprescindible atreverse, practicar a cada rato la pregunta “¿por qué no?”. Esta es una de las claves de una vida creativa, porque muchas veces delante no hay nada más que un sueño, una aparente utopía...

Pero, ¡qué hermoso es atreverse!.. Supone siempre arriesgar, sin riesgo no hay aventura (y el conocimiento y la creación son aventuras...) .Cuando lo hacemos, de inmediato todo dentro y fuera comienza a conspirar a nuestro favor. Los aparentes muros se hacen flexibles, siempre aparecen unas manos amigas y por la grietas asoma una luz guiadora... Es la experiencia de darle un sí a la vida. Claro que no vale conformarse con la primera respuesta, es preciso vislumbrar lo invisible, llegar a lo desconocido a través de lo conocido, dejar que la vida nos despeine, saludando al cambio como una fuerza vivificante...

En muchas ocasiones, lo que aparece no es lo que perseguíamos o queríamos crear. ¡Ay las relaciones entre el orden y el desorden...! Buscábamos algo ordenado y seguro y lo que surge es algo desordenado y difícil de amarrar... Así que hube de aprender pronto que la vida es fluctuante, que cualquier aparente equilibrio es un momento en la tensión entre el orden y el desorden. Y que mejor no perseguir eso que llaman “éxito” sino más bien buscar la realización personal y dejarse guiar por el arte del buen vivir, un arte que no está exento de esfuerzo y de riesgos pero se concilia con el cumplimiento de nuestros sueños.

Aprendí también a no apresar las cosas o las situaciones, que todo intento de atraparlas es vano porque siguen un proceso no lineal lleno de quiebros, bifurcaciones...

Y aprendí, porque el paso de los años nos da constantes lecciones de lucidez, que, más allá de títulos y honores, lo importante en la vida es reconocer nuestra dependencia de la naturaleza y del entorno social. Es decir, que

somos miembros de la familia humana, habitantes de la casa común que nos acoge.

Así que, si tuviera que expresar metafóricamente mi trayectoria, diría que es la de haber transitado con una excelente compañía, por un mosaico de lugares y experiencias abiertos a la sorpresa y el asombro, en el que la pulsión por conocer no ha estado nunca desligada de la aventura de existir. Y que, más allá de los logros, me reconozco en la forma en la que he recorrido ese escenario.

Todo ha consistido, en esencia, en afrontar con dignidad los errores y los malos momentos y disfrutar de algunos placeres: *el placer de descubrir*, que me abrió y abre diariamente a las preguntas científicas y artísticas, al conocimiento de otros lugares y contextos, al asombro ante la confianza de otro ser humano; *el placer de comunicar y compartir*, que está en mi elección de la enseñanza como oficio, en mis libros, mis pinturas, mis conferencias. ..Y finalmente, pero no por ello menos importante, *el placer de crear*, que es tanto como el gozo de innovar, de descubrir lo invisible que está escondido tras lo visible, de mirar hacia el futuro como un territorio para la emergencia de lo inédito (con minúsculas y la medida que toda vida requiere...).

16. LOS JÓVENES SE MANIFIESTAN EN LAS CALLES: ¿SERÁ QUE LA EDUCACIÓN AMBIENTAL GOZA DE BUENA SALUD?

Como suele ocurrir con frecuencia, ha sucedido un hecho inesperado e improbable, con repercusiones globales. Una niña –Greta Thunberg- toma una pancarta y se sitúa los viernes frente a su Ayuntamiento para reclamar que se ataje rápidamente el cambio climático del planeta. La prensa lo difunde, la noticia cae en terreno abonado y miles de jóvenes la secundan a lo largo y ancho del planeta. La pregunta es: ¿dónde se concienció Greta Thunberg acerca de estos problemas? ¿Tal vez en la escuela? ¿Puede que sus docentes, los libros y revistas, los directores de cine llevasen tiempo hablándoles a ella y sus compañeros del deterioro sistemático de la habitabilidad de la Tierra?

Si así fuese, si ella y los chicos y chicas que responden a sus llamadas han despertado a una conciencia ecológica y a nuevos valores éticos a través de sus profesores y profesoras, de los reportajes televisivos y los libros y películas que explican la situación, podríamos afirmar que la educación ambiental, esa que se practica dentro y fuera de las instituciones, ha cumplido bien su cometido.

Nuestra generación contempla este salto adelante esperanzada y gozosa. Por fin comenzamos a ver que aquello por lo que luchamos empieza a ocurrir: la gente está en la calle reclamando a los gobiernos que hagan algo

para salir del atolladero en el que nos ha metido el sistema económico con su lógica cortoplacista, codiciosa y ciega para el mundo natural. Los “históricos” sentimos que ha merecido la pena poner un granito de arena en este proceso. Y salimos a la calle con ellos, con los jóvenes y los adolescentes, para recordarles que no están solos.



Me gustaría tener un encuentro con Greta. Me pregunto a mí misma qué le diría si eso se hiciera realidad. Creo que, en primer lugar, le pediría perdón a ella y a su generación, a todos los jóvenes, niños y niñas que hoy miran con preocupación el futuro. Reconocería que no supimos cuidar y custodiar unos bienes naturales que estaban ahí para ser legados sin daños a su generación.

También le miraría a los ojos y le agradecería la lección que nos están dando. No son todos, tal vez ni siquiera la mayoría, pero es reconfortante ver a muchos de nuestros hijos y nietos adoptando posturas muy poco consumistas, jugándose la vida entre los coches para ir al trabajo o la universidad en bicicleta, compartiendo recursos, adaptándose de forma admirable a una forma de *vivir mejor con menos* que es un llamamiento para todos.

También creo que la abrazaría (si me deja) como forma simbólica de abrazar a todos esos seres humanos jóvenes que se asoman a la vida haciendo real el viejo dicho de que es mejor cambiarse de zapatos que seguir tropezando en el camino pedregoso. Simbólicamente, su calzado traza una huella ecológica mucho menor que la de nuestra generación. Y su condición de minoría tiene un efecto ejemplarizante y multiplicador que invita a otros a seguirles.

Tal vez Greta no haya oído nunca hablar de *Ernesto Sábato*. Así que yo le comentaría su pensamiento, sus escritos sobre la resistencia, y aquella afirmación hermosa que cierra uno de sus libros: *Solo quienes sean capaces de encarnar la utopía serán aptos para el combate decisivo, el de recuperar cuanto de humanidad hayamos perdido*.

Tal vez ella me preguntaría entonces por qué nuestra generación no supo o no pudo hacerlo mejor, por qué dejamos que se asfixiase poco a poco a la vida. Y entonces yo trataría de explicarle que la mayor parte de nosotros fuimos educados en valores éticos sobre la honradez, la equidad en el reparto de las cosas, el trabajo bien hecho. Y que somos muchos –un tanto invisibles– los que hemos tratado de adoptar esos valores y

transmitirlos a nuestros hijos... Pero que, al mismo tiempo, hemos sido débiles, a veces temerosos de salir de la “normalidad”, demasiado ingenuos, cómodos, inconscientes...

En nuestro descargo, le diría que hemos sido capaces de matar en las guerras pero también hemos creado músicas bellísimas y poemas inmortales. Le pediría comprensión para los que, soñando lo imposible, tratamos de luchar contra los desmanes de un sistema que estimula el egoísmo, el individualismo y la codicia, porque no supimos crear las alianzas necesarias y, en ocasiones, elegimos mirar para otro lado y claudicar.

Pero, sobre todo, le propondría que quiero escucharla, aprender de ella sobre el modo de rescatar en nuestras conciencias y en nuestras sociedades el concepto de los bienes comunes, del planeta como un espacio de acogida para toda la humanidad. Un espacio común y no para unos cuantos, usado con respeto a los límites de la naturaleza que nos alberga... Y que me ayudase, a mí y a toda esta generación de “históricos” y menos históricos, a avanzar en el compromiso de volver a poner la vida y no al mercado en el centro de cada casa, de cada familia, de cada país...

Finalmente, la animaría a que sigan en la lucha, recordándole que somos muchos los que estaremos a su lado, que *los necesitamos para seguir aprendiendo a soñar, para hacer de lo imposible lo verdadero*, como nos enseñó María Zambrano.

Creo que la generación de Greta y la nuestra podrán entenderse. Porque ambas hemos descubierto algo que es a la vez comprometido e ilusionante:

No se cambia la vida sin cambiar la propia vida. -

Gracias por su escucha y por la complicidad de las personas que me acompañan en esta sala. Buenas tardes.



Fundación Interuniversitaria
Fernando González Bernáldez
PARA LOS ESPACIOS NATURALES